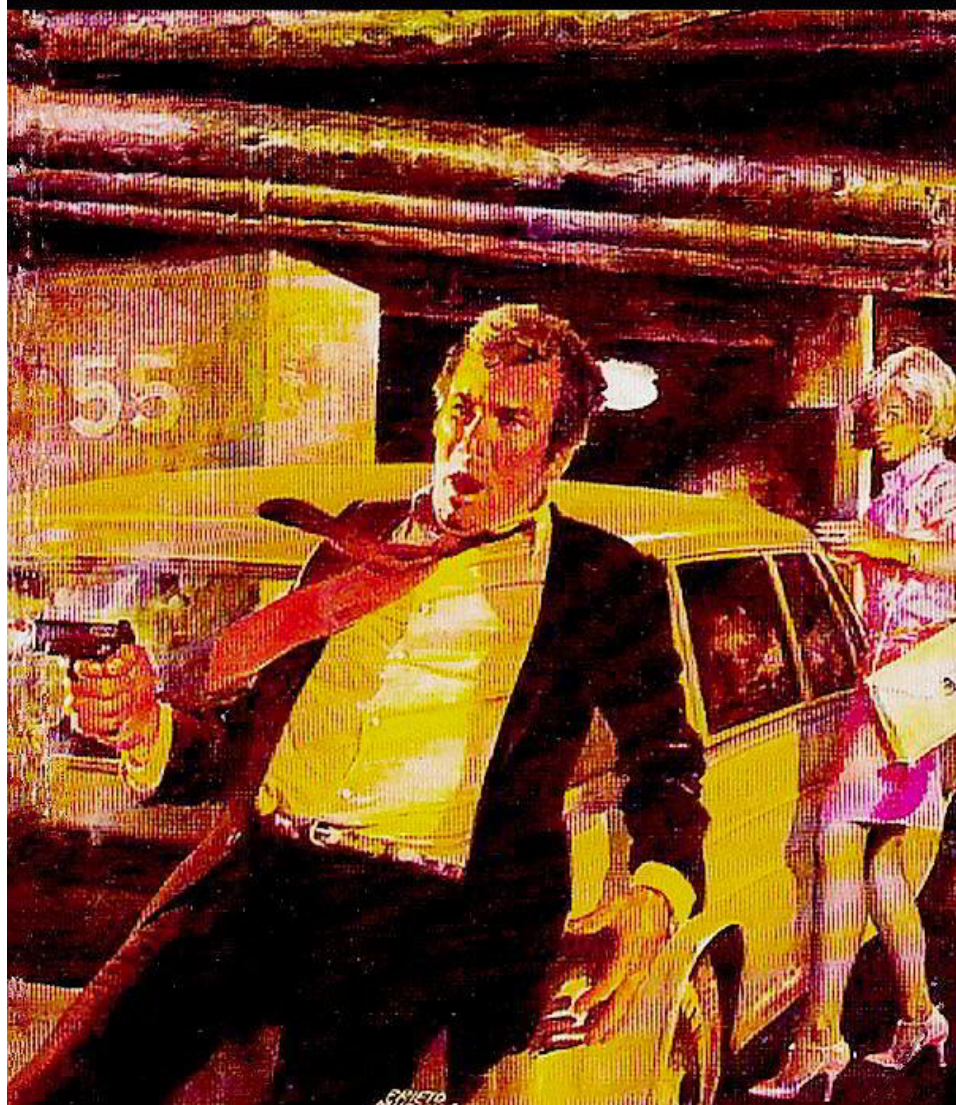


SERVICIO
SECRETO

Ss

UNA CUEVA DE LADRONES

Clark Carrados



El Banco estaba relativamente cerca de su casa y por dicha razón Terry Miller solía realizar allí sus operaciones financieras, no demasiado elevadas, todo debe decirse. Además, en cierta ocasión, Miller había tenido un pequeño encontronazo con los altos cargos del Banco y sólo por pereza y por evitar nuevas discusiones no había querido trasladar su cuenta corriente a otro, en donde considera le tratarían mejor. Pero, como de todas formas, no tenía que acudir allí a diario, había pospuesto tal cambio para mejor ocasión. Ya lo haría en algún momento en que se sintiese de humor para ello.

Aquel día, Miller acudió para ingresar un cheque en su cuenta corriente. Estaba aguardando a que le atendieran, cuando, de pronto, vio entrar a una muchacha que se dirigió rectamente a la ventanilla de caja.



Clark Carrados

Una cueva de ladrones

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1572

ePub r1.0

Lds 29.01.19

Título original: *Una cueva de ladrones*

Clark Carrados, 1980

Cubierta: Norma

ePub modelo

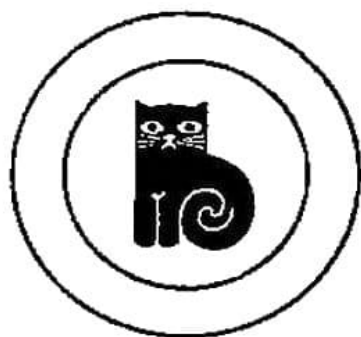
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El Banco estaba relativamente cerca de su casa y por dicha razón Terry Miller solía realizar allí sus operaciones financieras, no demasiado elevadas, todo debe decirse. Además, en cierta ocasión, Miller había tenido un pequeño encontronazo con los altos cargos del Banco y sólo por pereza y por evitar nuevas discusiones no había querido trasladar su cuenta corriente a otro, en donde considera le tratarían mejor. Pero, como de todas formas, no tenía que acudir allí a diario, había pospuesto tal cambio para mejor ocasión. Ya lo haría en algún momento en que se sintiese de humor para ello.

Aquel día, Miller acudió para ingresar un cheque en su cuenta corriente. Estaba aguardando a que le atendieran, cuando, de pronto, vio entrar a una muchacha que se dirigió rectamente a la ventanilla de caja.

Miller no tenía nada mejor que hacer y se fijó en la joven, cuyo rostro, que le pareció bastante atractivo, aparecía casi cubierto por unas grandes gafas de color oscuro. Ella vestía unas ropas impersonales de color gris oscuro y se tocaba con una especie de boina, también gris, que cubría enteramente sus cabellos, hasta el punto de no permitir apreciar ver el color.

A Miller le pareció que la indumentaria favorecía muy poco a la muchacha, de la que juzgó poseía una figura excepcional, de gran esbeltez y sin exuberancias carnosas, que podían haberle proporcionado un gran atractivo sensual, pero que habrían destruido la armonía de su silueta. Los zapatos, asimismo, de medio tacón, era horrendos. ¿Por qué una muchacha, que parecía tan fina y distinguida, vestía tan desastrosamente?, se preguntó.

La chica llevaba colgando del hombro izquierdo un gran bolso,

de tela de saco, con un par de tiras transversales de color rojo y negro. Se acercó a la caja y entregó un papel de forma alargada. «Va a cobrar un cheque», pensó Miller.

Ella apoyó el bolso en el mostrador. El cajero tomó aquel papel de forma rectangular y empezó a leerlo.

No era un cheque, sino un mensaje conminatorio:

«Ponga en mi bolso todo el dinero que tenga a mano. No haga el menor gesto, no toque la alarma. Un amigo le está apuntando con su fusil desde el otro lado de la calle. Si ve que hace algo sospechoso, disparará a matar. Y estará allí; hasta pasados cinco minutos después de que yo me haya marchado».

Miller creyó apreciar cierta indecisión en el cajero. De súbito, lo vio pálido, con la frente inundada de sudor.

El supuesto cheque temblaba en sus manos. La chica, sin embargo, permanecía impassible.

Miller vio que el cajero miraba hacia la calle, a través de los enormes ventanales de vidrio ahumado que tamizaban la luz exterior. Entonces, se dio cuenta de que estaba presenciando un atraco.

No sentía la menor simpatía hacia aquel Banco y, en cierto modo, se dijo que se lo tenían bien merecido. Lanzó una mirada hacia el cajero y le vio llenando de billetes el bolso de la chica.

Entonces, con paso enteramente natural, dio media vuelta y salió a la calle. Su coche estaba a unos treinta pasos. Caminando con toda tranquilidad, se acercó al vehículo, sentóse tras el volante y dio el contacto.

Un coche descapotable, de color rojo, llegó en aquel momento y se situó frente a la puerta del Banco. El conductor vestía con gran elegancia y llevaba una gorra de visera, blanca y unos pretenciosos guantes de rejilla. Apenas diez segundos más tarde, la chica del traje gris salió del Banco y embarcó en el descapotable.

Miller pisó el acelerador, apenas vio que el otro coche se ponía en movimiento. «Pero, qué imbéciles. Usar un coche descapotable, rojo, para un atraco. ¿Por qué no han traído una banda de música y

una cuadrilla de *majorettes*!?, pensó».

El coche rojo se movía discretamente. Miller lo siguió con toda facilidad. Hubiera podido verlo a un kilómetro de distancia. En aquel maremágnum de vehículos de todas clases, resaltaba como la linterna de un faro en noche de tormenta.

Al cabo de veinte minutos, el coche rojo entró en una especie de jardines que había situados ante un edificio de apartamentos, de tres plantas, con terrazas individuales exteriores. Miller vio a la pareja apearse y ascender por una de las escaleras hasta el tercer piso. Después de fijarse en el apartamento en que entraban, paró el motor de su coche, se apeó y decidió intervenir en el asunto.

* * *

Jim Rogers lanzó una estridente carcajada al asomarse al interior del bolso y contemplar el montón de billetes que había allí acumulados.

—¡Magnífico, verdaderamente magnífico! ¡Lo has hecho muy bien, preciosa! Tendrás que reconocer que tuve una idea genial, ¿no lo crees así?

La chica no contestó. Permaneció inmóvil, en pie, convertida en una estatua, en la que sólo se advertían los movimientos regulares de la respiración.

Rogers se acercó a ella, le quitó las gafas de color y besó sus labios. Luego arrancó la boina y la lanzó a un lado. Una brillante catarata de dorados cabellos surgió en el acto y se desparramó por la espalda.

—Nena, lo menos has conseguido treinta mil —dijo Rogers alegremente—. Vamos a pasar una temporada maravillosa, ya lo verás. Nos iremos a Miami y...

De pronto, se calló. Sus ojos recorrieron codiciosamente el esbelto cuerpo de la joven.

—Desnúdate —ordenó bruscamente.

Ella obedeció sin protestar. Soltó los botones de la chaqueta y la tiró a un lado. Luego se soltó la presilla de la falda, que cayó al suelo. Rogers se relamió al ver el hermoso cuerpo, cubierto únicamente por el sostén y las bragas, de color negro ambas prendas.

Con la boca súbitamente reseca, se acercó a la joven y acarició sus brazos desnudos. En aquel instante, sintió que le tocaban en el hombro.

—Hola —dijo alguien.

Rogers se volvió, atónito por la irrupción de un desconocido en su apartamento. Antes de que tuviera tiempo de ver el rostro del intruso, un puño se disparó con terrorífica potencia. Rogers retrocedió, catapultado, tropezó con un diván, dio la vuelta completa y cayó al otro lado, absolutamente sin sentido.

Entonces, Miller se acercó a la muchacha, que continuaba en la misma posición, con los ojos perdidos en un punto infinito.

—Escuche... Oiga, ¿qué le pasa? ¿Por qué no habla?

Con la mano derecha, le dio unos golpecitos en la mejilla. No hubo reacción alguna.

Miller creyó comprender lo que sucedía. Colérico, miró hacia el lugar donde Rogers yacía hecho un ovillo.

—Bastardo repugnante —masculló. Elevó la voz—: ¿Cómo te llamas, hermosa?

—Moira Stone —contestó ella.

—Está bien, Moira. Ve al baño y dúchate con agua fría.

—Sí, señor.

La joven obedeció sin rechistar. Miller buscó la cocina y puso al fuego la cafetera. Por Rogers no se preocupó; estaba seguro de que iba a dormir un buen rato.

Oyó el funcionamiento de los grifos del baño y se sintió satisfecho. Mientras se calentaba el agua del café, volvió a la sala y examinó el saco. Silbó al ver su contenido. «Buen golpe, sí, señor», pensó.

Pasados unos minutos, retiró la cafetera y llenó un pocillo, con el que se encaminó al cuarto de baño. Moira empezaba a secarse.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Ella le miró con ojos todavía turbios.

—¿Quién... es usted? —preguntó, con voz insegura.

—Anda, bebe el café. Ya empiezan a disiparse los efectos de la droga.

Moira bebió el café. Miller fue a la cocina, llenó otra vez el pocillo y se lo trajo de nuevo.

—Me parece que te sientes ya un poco mejor —sonrió—. A

propósito, me llamo Terry Miller. Terry es el diminutivo de Terence.

—Ya... —Moirá paseó la vista a su alrededor—. Éste no es... mi apartamento.

—Seguro. ¿Conoces a un tipo que usa un descapotable rojo y se cubre con una gorra blanca?

—¡Jim Rogers! —exclamó ella—. ¡Es mi prometido!

—¿De veras?

—Sí. Vamos a casarnos muy pronto... Pero él nunca me dijo que viviera aquí...

—¿Te das cuenta de que has estado drogada y que obedecías puntualmente cualquier orden que te diesen, no importa quién pudiera ser?

—¿Ha... habla en serio?

Miller hizo un gesto afirmativo.

—Has atracado un Banco y conseguido un botín de, al menos, treinta mil dólares.

—Oh, no, eso es imposible. Yo no me atrevería jamás a hacer una cosa semejante —protestó ella.

—Lo has hecho, porque yo lo he visto y vi también cómo te recogía ese canalla cuando salías del Banco con el dinero. Se me ocurrió seguir el coche rojo de tu prometido...

—Jim no tiene ningún coche rojo, señor Miller.

—No tenía ningún coche rojo ni usaba gorra blanca ni vivía aquí —dijo Miller sarcástico—. ¿Acaso piensas que te estoy contando una fábula?

Moirá se pasó una mano por la frente.

—Me siento aturdida... como si acabara de salir de un sueño muy profundo...

—Es lógico. Ese miserable debió de atiborrarte de droga, para que tú asaltaras el Banco, sin que él arriesgase lo más mínimo. Créeme, así es como han sucedido las cosas... y aun hubiera pasado algo más, si yo no hubiese llegado tan a tiempo. ¿Sabes lo que pretendía hacer Jim? Te ordenó desnudarte; iba a... Bueno, imagínatelo, Moirá; ya tienes añitos para saber determinados aspectos de la vida.

Ella se puso encarnada.

—¿Sugiere que trató de abusar de mí?

—No lo sugiero, lo afirmo. Por suerte, repito, llegué a tiempo.

Pero, si no me crees...

Miller se interrumpió bruscamente.

—Aguarda, te traeré la ropa para que vuelvas a vestirte.

Abandonó el baño, fue a la sala y regresó con el traje de la muchacha, sin olvidar la boina, las gafas oscuras y el bolso de tela de saco. Cuando le enseñó el contenido del bolso, Moira creyó desmayarse.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Por qué hizo eso conmigo?

—Por dinero —sonrió Miller—. Bien, yo no quisiera mediatizar tus decisiones, pero si tienes dos dedos de frente, romperás en el acto con ese granuja. Hay has atracado un Banco con éxito. Habló de viajar a Miami una temporada. Más adelante, habría vuelto a drogarte y te enviaría a robar de nuevo. ¿Cómo pudiste comprometerte con un tipo de semejante catadura?

—Es... tan dulce, tan gentil; viste tan elegante... Habla maravillosamente...

—Y eligió a la mujer más adecuada para sus propósitos, una chica ingenua y... no digo tonta, pero poco le falta —gruñó Miller—. Bien, si has terminado de vestirte, lo mejor será que nos vayamos de la casa cuanto antes.

De pronto, se oyó un ruido extraño en la sala. Miller extendió una mano.

—Silencio —ordenó.

Caminó de puntillas hasta la puerta del baño y la abrió ligeramente. A través de la ranura, pudo ver a Rogers, quien se incorporaba en aquel momento. El ruido procedía de un jarrón que había derribado en sus primeros movimientos, después de recobrar el sentido.

Rogers terminó de ponerse en pie. Saltaba a la vista que aún se hallaba bajo los efectos del terrible puñetazo que Miller le había propinado. Sacudió la cabeza y se dispuso a salir del sitio en que se hallaba.

En aquel instante, se abrió la puerta del apartamento. Miller miró en aquella dirección.

El sujeto cubría sus ojos con unas grandes gafas de color, pero no eran suficientes para ocultar la cicatriz que le partía la barbilla oblicuamente, como si alguien le hubiese golpeado con un hacha. En la mano llevaba una pistola con silenciador.

—¡Rogers! —llamó.

El aludido volvió la cabeza. Divisó la pistola y abrió la boca para gritar, pero entonces recibió el primer balazo en pleno pecho y saltó hacia atrás, con los brazos completamente extendidos, aunque, sin embargo, manteniéndose todavía en pie.

El hombre de la barbilla partida disparó dos veces más. Rogers resbaló lentamente y quedó en el suelo, acurrucado, completamente inmóvil.

La puerta del apartamento se cerró en silencio. Aparte del cadáver, el único rastro del asesino era un fuerte olor a pólvora.

CAPÍTULO II

Durante unos segundos, Miller permaneció como paralizado por el asombro. Al volver la cabeza, vio que Moira tenía los ojos muy abiertos y que temblaba como una hoja de árbol sacudida por el viento.

—No grites —ordenó en voz baja.

Corrió hacia la ventana del baño y la abrió. Sacando casi medio cuerpo, llegó a tiempo de ver al asesino cruzar los jardines con paso medurado y entrar en un coche de color gris plata, con capota negra. Guardó el detalle en su memoria y volvió a meterse de nuevo en el interior.

—Moira, tenemos que marcharnos de aquí —dijo.

Ella asintió. No tenía fuerzas para hablar. Miller se dio cuenta de que estaba sometida a los efectos de un ligero *shock*. Era preciso evitar que su estado empeorase.

De pronto, reparó en la indumentaria. Moira no podía salir a la calle vestida de aquella manera. Aparentemente, era un atavío discreto, pero, por otra parte, lo suficientemente llamativo para que el cajero del Banco lo recordase con todo detalle.

—Aquí no tendrás ropa, supongo —dijo.

Moira hizo un gesto negativo.

—Está bien, haremos... lo que se pueda. Quítate la chaqueta —ordenó Miller.

La muchacha obedeció. Miller le dio la vuelta. El forro era gris más claro, pero el de las mangas tenía un color crema muy acusado. El aspecto de Moira cambió de inmediato, en especial, al quitarle la boina y las gafas, que arrojó al interior del saco.

Pero el saco también podía ser un detalle comprometedor y, tras pensar unos instantes, corrió a uno de los dormitorios y se apoderó

de una funda de almohada, en la que metió todo el dinero. Luego dio también la vuelta al bolso. Estaba forrado de tela verde y el cambio resultó espectacular.

La funda coa el dinero fue a parar al interior del bolso. Al terminar, Miller sonrió y agarró el brazo de la muchacha.

—Iremos a mi casa —dijo.

Moira asintió. Era evidente que, pese a todo, no se había recuperado por completo. Miller la sostuvo firmemente cuando ya salían del baño.

—No mires —aconsejó.

En el apartamento no quedaba nada que pudiera delatar la presencia de la muchacha. Antes de salir, Miller lanzó una mirada hacia el lado opuesto.

La sangre se extendía lentamente bajo el inmóvil cuerpo de Rogers. «Un perfecto rufián. Posiblemente, se lo tenía bien merecido», pensó Miller en el momento de cerrar la puerta.

* * *

Miller puso una buena dosis de *whisky* en el vaso y se lo entregó a la muchacha. Los colores volvían a las mejillas de Moira. Aunque todavía deprimida por lo ocurrido, ya se sentía físicamente bien.

—¿Hace mucho tiempo que conocías a Jim? —preguntó él.

—Unos cuatro meses. Yo trabajaba en unas oficinas... Nos encontramos casualmente un día... Me gustó, empezamos a salir juntos...

—Y te conquistó.

—Me parece que no puedo sentirme orgullosa de mi comportamiento —dijo ella, avergonzada—. Era tan amable, tan galante...

—Sí, claro. Hacía tiempo que había elaborado un plan y sólo le faltaba dar con el cómplice adecuado. ¿Se propasó contigo alguna vez?

—Oh, no... Bueno, nos besábamos, es lo normal entre prometidos. Pero nunca insinuó nada más...

—Si no llego a tiempo, hoy se toma el desquite —gruñó Miller—. De modo que os ibais a casar.

Moira enseñó el anillo de prometida. Miller tomó su mano y lo

estudió críticamente durante algunos segundos.

—Diez dólares la docena como ese anillo —dijo al fin, despectivo—. Sí, aunque te parezca mentira, pensaba forrarse contigo. Si algo salía mal, tú pagarías el pato.

—¿Lo crees así?

—Actuabas completamente drogada. Si te hubieran detenido, ¿habrías mencionado después a Jim?

—No, claro que no.

—Te habrían considerado como una drogadicta que buscaba dinero en el Banco para costearse el vicio. Tu vida habría quedado completamente deshecha.

Moira bajó la cabeza.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —murmuró—. Me despedí del trabajo hace dos semanas... Ya hay una sustituta en mi puesto y no me lo darán, si vuelvo a pedir un empleo allí...

—Por ahora, no será necesario. —Miller golpeó con su pie el bolso que estaba en el suelo—. Ahí tienes dinero para vivir sin apuros durante una temporada.

Moira saltó en su asiento.

—¡Pero procede de un robo! —protestó.

—Puede que no sea un consejo honesto... pero quédate ese dinero sin el menor escrúpulo. Quizá un día pueda contarte algunas cosas sobre ese Banco.

—¿Qué quieres darme a entender, Terry?

—De momento, no puedo hablar más sobre el particular. Pero un día sabrás que no tienes por qué sentir remordimientos de conciencia.

—No lo comprendo...

—Ni hace falta por ahora. Lo único que te pido es que confíes en mí.

—Te conozco sólo desde hace unas horas —alegó Moira.

—Lo sé. Pero, modestia aparte, no soy como el bribón de Jim. Por favor, confía en mí.

—De todos modos, tengo dinero ahorrado. No tocaré ese que hay en el saco. Es más, si prevaleciese mi opinión, lo mejor sería devolverlo...

—¡Ni hablar! —Prohibió él, tajante—. Lo hizo Rogers, que era un granuja, pero se lo tenían bien merecido. ¡Ese Banco es una

auténtica cueva de ladrones!

—Terry, ¿cómo lo sabes?

—Aún es pronto para decírtelo —insistió él—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor, pero... ¿por qué han asesinado a Jim?

—Sospecho que lo sabremos mañana por la mañana, cuando lo publiquen los diarios. Seguramente, es un tipo con antecedentes y, lo más probable es que se haya puesto enfrente de una poderosa organización. Los tipos que andan en negocios sucios, como Jim, acaban mal.

Moira meditó unos instantes. Luego dijo:

—Tengo que pedirte un favor, Terry.

—Sí, claro, lo que quieras.

—Permíteme que duerma aquí esta noche. Aunque sea en el diván. Hoy no podría quedarme sola en mi casa. Compréndelo, te lo ruego.

—Claro —sonrió él—. Pero no hace falta que duermas en el diván; tengo una habitación para huéspedes. Y, a propósito, ¿qué tal si preparamos algo de cena?

—No sé si seré capaz de pasar un bocado...

—Al menos, inténtalo —dijo Miller alegremente.

Moira se puso en pie. De pronto, reparó en algo. Con gesto suave, se quitó la sortija de compromiso y la sostuvo en alto con dos dedos, enseñándosela al joven.

—Terry, ¿qué hago? —consultó.

—Hazlo en persona —contestó él—. Hay un inodoro, un resorte para la descarga del agua...

Ella sonrió también.

—Creo que es lo más acertado —dijo.

* * *

El hombre llevaba en la mano una saca de tejido grueso, con la boca reforzada por flejes de acero, recubiertos de cuero, y con un sólido candado de combinación. Bat Powell, menudo, medio calvo, con lentes de cerco de oro, avanzó con paso rápido hacia el Banco, seguido de un sujeto de rostro estólido, fornido y un palmo más alto que él, con el inequívoco aspecto de un guardaespaldas.

Powell entró en el Banco sin soltar el saqueto que se veía repleto. Avanzó hacia una de las ventanillas y pidió que le anunciaran al director.

—Ahora mismo, señor Powell —contestó el empleado.

Transcurrió un minuto. El empleado regresó y dijo a Powell que le siguiera. Llegaron ante una puerta, que abrió el empleado, echándose a un lado acto seguido, y Powell avanzó un par de pasos.

—¿Esto es la entrada del despacho de su jefe? —preguntó.

—Sí, señor. Ahora tiene una visita, pero estará despachado dentro de un par de minutos. Siéntese y espere, por favor.

Powell entró en el cuarto, largo y angosto, de tal forma, que parecía más bien un pasillo. Había un banco de madera y se sentó, cruzando las piernas, con aire entre fastidiado y resignado.

Para entretener la espera, sacó un cigarrillo. De pronto, se sintió acometido por un ligero mareo.

Fue una cosa muy breve. Todo giró vertiginosamente a su alrededor, pero aquel mareo duró escasos segundos. En seguida recobró la normalidad.

El cigarrillo se había desprendido de su mano. Powell pensó que ya encendería después un habano. No le gustaba presentarse en según qué lugares con aspecto petulante o ínfulas de dominador de medio mundo.

La puerta del fondo se abrió de pronto y el director del Banco lanzó una exclamación:

—¡Ah, señor Powell, cuánto celebro verle! Pase, pase, por favor... Le ruego me dispense la espera, pero me resultó completamente imposible atenderle en el acto.

—No se preocupe —contestó Powell, a la vez que se ponía en pie y asía la bolsa con el dinero—. Cada uno tiene sus obligaciones y es imperativo atenderlas sin excusa.

—Muy cierto, muy cierto —contestó el director, a la vez que extendía un brazo como para indicar a su visitante un camino que conocía de sobra—. Entre, por favor, y tome asiento. ¿Querrá tomar algo más? —Le guiñó un ojo maliciosamente.

—No, gracias, todavía es temprano para mí...

El director del Banco era un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, elegantemente vestido, con una flor roja en el ojal de su impecable chaqueta. Llevaba chaleco cruzado, de color gris, y en él

resaltaba el oro de la cadena de su reloj. Tenía el pelo claro y ya escaseaba a ambos lados de la frente, amplia y despejada. Nathaniel Grantland abrió una costosa cigarrera y la tendió hacia el cliente.

—Al menos, me aceptará un habano —solicitó.

—Gracias. —Powell pasó el cigarro por debajo de su nariz—. Espléndido —calificó.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Grantland dio permiso y un hombre de mediana edad y aspecto inocuo entró en el despacho.

—Señor Powell, aquí está mi cajero, Henry Weather. El señor Weather se hará cargo del dinero que trae usted para ingresar en nuestro Banco.

—Así es —confirmó el cliente.

Se puso en pie, colocó la bolsa sobre la mesa y manipuló en el candado de combinación. Luego, sin abrirla todavía, la puso en manos del cajero.

Weather abrió la bolsa y sacó un paquete de un aspecto muy peculiar. Parpadeó, atónito, al ver aquella cosa.

Un profundo silencio gravitó repentinamente sobre la estancia. Grantland frunció el ceño.

—Señor Powell, tiene usted muchas ganas de broma —dijo heladamente—. Poseo un magnífico sentido del humor... pero cada cosa en, su momento. ¿Puede explicarme qué significa este fajo de papeles sin ningún valor?

Powell sentía sus ojos fuera de las órbitas. Lanzando un gruñido de furor, se precipitó sobre la bolsa y empezó a sacar fajos de papeles, cortados del tamaño de los billetes de Banco, pero absolutamente sin ningún valor.

—¡Había sesenta mil dólares! —aulló—. Yo mismo lo comprobé a primera hora de la mañana...

—¿Está seguro, señor Powell? —Grantland hizo un gesto con la mano—. Puede retirarse, señor Weather, pero, por favor, sea discreto.

—Sí, señor director.

Powell sentía que la cabeza se daba vueltas.

—No lo comprendo —dijo—. No lo entiendo en absoluto. No he soltado la bolsa un solo momento... y cuando salí de casa, llevaba el dinero...

—Es evidente que alguien le dio el cambiazó —dijo Grantland—. Ignoro el truco que pudo emplear el ladrón, o tal vez los ladrones, pero tengo la sensación de que han estado estudiando sus movimientos durante mucho tiempo, a fin de poder realizar la operación con pleno éxito.

—Es... inaudito —dijo Powell, quien a duras penas se sostenía sobre sus piernas—. Sesenta mil dólares, evaporados...

—Sí, resulta verdaderamente desagradable. ¿Quiere que avisemos a la policía?

—¡No! —Powell rechazó la idea con gran vehemencia—. ¡Nada de policía! Ya me las arreglaré yo para encontrar al ladrón... —rechinó los dientes—. Y, créame, no lo va a pasar nada bien cuando...

Powell se cortó bruscamente. El director de un Banco era la persona menos apropiada para hacerle ciertas confidencias.

—Amigo mío —dijo Grantland, mirándole con simpatía—, tenga muy presente que aquí estamos enteramente a su disposición. ¿Necesita algún préstamo? Usted es cliente de toda garantía y atendería con mucho gusto su petición en tal sentido.

—No, gracias. —Powell cerró la bolsa y se encaminó hacia la puerta—. Volveré en otro momento.

—Siempre que guste —respondió el director del Banco.

Cuando salió, Powell no había conseguido todavía forjarse una hipótesis acerca de la forma en que le habían robado sesenta mil dólares. No tenía la menor idea de quién lo había hecho, pero sí estaba seguro de que se lo haría pagar muy caro.

CAPÍTULO III

Terry Miller entró en el apartamento y dejó en una silla la maleta que había traído consigo. Moira, vestida con uno de sus pijamas, le dirigió una mirada ansiosa.

—No tienes motivos de temor —dijo él, sonriendo amistosamente—. Te he traído ropas de tu casa. Creo que debes cambiarte. Yo me ocuparé de hacer desaparecer las que empleaste en el atraco.

—¿Cómo has entrado en mi casa? No te di la llave... —se sorprendió la muchacha.

—Tengo una llave mágica, que abre todas las puertas. A propósito, he traído un periódico, pero no dicen nada sobre los motivos de la muerte de Jim. Ahora bien, es probable que te interroguen. Se enterarán de que estabais prometidos. En todo caso, has de contestar que no sabías nada de sus actividades. Puede que se extrañen de tu ausencia durante todo el día y la noche de ayer. Diles que estuviste conmigo; nos portaremos como dos cínicos.

—¿Qué quieres decir?

—Pues... ibas a casarte con él, pero le engañabas ya antes de ser su esposa.

Moira se ruborizó.

—No se me habría pasado por la cabeza...

—Es la mejor solución y no te importe desempeñar el papel de la joven carente de decoro. A menos que prefieras ir a la cárcel.

—¡No! —chilló Moira.

Miller sonrió.

—Acabaré por saber qué cuentas pendientes tenía el sinvergüenza de tu prometido —aseguró—. Por cierto, ¿le oíste mencionar en alguna ocasión un amigo médico o químico?

—No, que yo recuerde —se extrañó ella—. ¿Por qué lo preguntas?

—Te hizo robar el Banco, bajo la acción de una droga. Por lo que pude apreciar, la droga es poco menos que perfecta. Te había convertido en un robot con falda, obligado a obedecer cualquier orden que se diera. Eso indica que Jim tenía un amigo que sabía mucho de drogas.

—En estos momentos, insisto, no recuerdo. Procuraré esforzarme, Terry.

—Por fortuna, le dio solamente por robar dinero. Imagínate que te ordena matar a alguien.

Moira se estremeció.

—Habría sido horrible...

—Pero hubieras cumplido la orden sin vacilar. Yo mismo te ordené algunas cosas y pude ver cómo obedecías sin rechistar.

Agarró la maleta y se la entregó.

—Vístete —añadió—. Ah, si te marchas de casa, no te la lleses; no es conveniente que te vean con una maleta por la calle. Te traje un bolso también... En fin, espero que encuentres todo lo necesario para cambiar de aspecto por completo.

Moira sonrió suavemente. Luego, con la maleta en la mano, se dirigió al dormitorio en que había pasado la noche. Antes de entrar, se volvió hacia el joven.

—Ah, una cosa, Terry.

—Dime.

—No quiero el dinero del Banco.

Miller asintió.

—Algún día se lo devolveremos... pero no ahora —respondió.

La muchacha salió a los pocos momentos. Ahora llevaba puesto un vestido estampado, de vivos colores, que le confería un aspecto encantadoramente juvenil, rebotante de gracia y frescura.

—Estás preciosa —elogió él—. La verdad, si este fin de semana no tuviera un compromiso, te invitaría a que lo pasaras conmigo... en dos habitaciones diferentes, claro. Pero iríamos a un sitio que yo conozco, con unos paisajes muy hermosos, un riachuelo truchero, cascadas, montañas nevadas al fondo...

—Quizá piensas llevarte a otra y usar una sola habitación —dijo ella maliciosamente.

—No podría. Tiene setenta y cinco años y un genio de todos los demonios. Se trata de mi tía Mary y debo felicitarla por su cumpleaños. Hablo en serio, créeme.

—Te creo. Gracias, Terry.

—Procura reponerte. Trata de olvidar lo ocurrido.

—Lo intentaré.

Moir se marchó. Miller lanzó un suspiro. Luego recordó el fin de semana que le esperaba y maldijo entre dientes. Pero no tenía más remedio que ir a felicitar a su atrabiliaria tía Mary Woods-Teale.

Apartó de su mente aquella idea y empezó a pensar en el asesinato de Jim Rogers. ¿Quién era el tipo de la cicatriz en el mentón?

Al cabo de unos momentos, recordó un nombre. Sí, su amigo conocía a muchas personas. Tal vez podría darle una pista acerca del asesino de Rogers.

* * *

Cuando entró en el antedespacho, apreció una confusión total. Algunos individuos corrían alocadamente de un lado para otro. De la puerta que había al fondo, salían gritos y blasfemias de todos los calibres.

Un hombre pasó a la carrera por delante de él. Miller le paró con la mano.

—¿Qué le pasa, Topper? —inquirió.

—Está medio loco. Le han «birlado» sesenta mil «machacantes» —contestó el sujeto. Y siguió su camino.

Miller silbó.

—Ya tuvieron que ser listos —comentó para sí.

El tumulto empezó a calmarse a los pocos momentos. Entonces, Miller se arriesgó a asomar la cabeza por la puerta del despacho.

—¿Bat? —dijo, con fingida timidez.

El hombre que había tras la mesa de trabajo le miró con escasas simpatías.

—Ahora, no, Miller, por favor —dijo secamente.

—Bat Powell, no he venido para una apuesta —manifestó el joven—. Deseo hablar un minuto contigo. Somos buenos clientes,

mutuamente, y creo que, pese a tus problemas, puedes atenderme.

—Está bien —se resignó Powell. Cambió el cigarro de lado de la boca y movió la mano con amplio ademán—. Entra y suéltalo... Y perdona, pero estoy de un humor de perros.

—Ya me han dicho que te «limpiaron» sesenta mil «pavos». ¿Cómo ha sido?

—A mí me gustaría saberlo. Fui al Banco, con la saca del dinero. Exteriormente, está forrada de lona. Por dentro, es tejido de acero, flexible, del mejor. La cerradura está reforzada y el candado es de combinación. Pues con todo eso, cuando la abrí en presencia del director y de su cajero... ¡mira lo que había!

Powell tiró hacia el joven un fardo de papeles. Eran recortes de periódicos.

—Te dieron el cambiazó, ¿eh?

—Y lo peor de todo es que no tengo la menor de quién pudo hacerlo. A estas horas. Grantland debe de estar meándose de risa...

—¿Has dicho Grantland?

—Sí. Opero con el
Grantland & Co.

Express. ¿Qué tiene eso de particular, Terry?

—Oh, nada, nada; es que, precisamente, hace dos días atracaron ese Banco...

—Lo sé, pero a ellos no les puede importar. Están asegurados, mientras que yo... Bien, tú conoces mi negocio, Terry.

—Si, lo sé. El Banco se resarcirá de las pérdidas y tú tendrás que resignarte. ¿Sospechas de alguno de los chicos?

—No, no creo. Bien mirado, debería sospechar de todo el mundo. Pero ya encontraré al que me ha hecho esa mala faena y... Creo que habías venido a pedirme algo. ¿De qué se trata?

Miller encendió un cigarrillo.

—Bat, tú conoces cantidad de gente.

—Sí, bastante.

—¿Qué puedes decirme de un tipo casi tan alto como yo, pero muy robusto, y con una cicatriz en medio de la barbilla? La cicatriz es muy acusada, como si le hubiesen dado un hachazo.

Powell miró a su amigo de hito en hito.

—Ten cuidado —avisó—. Hugo Hammix es más peligroso que la peste. Te mataría con los mismos escrúpulos que mataría a una

mosca. Si le pagasen por supuesto.

—Ah, es un asesino profesional.

—Se le contrata por teléfono. Hugo indica dónde deben dejarle un paquete con el dinero. Y, naturalmente, dentro del paquete están el nombre y la dirección de la víctima. Si te estorba alguien y te sobran cinco mil pavos, busca a Hammix.

—Lo busco, pero no para que me suprima ningún estorbo. A propósito, ¿qué me dices del asesinato de Jim Rogers?

—¿El *Dandy*? —Powell hizo una mueca—. Nunca se ganó un dólar honradamente... Siempre andaba con líos de faldas, mujeres ricas y, generalmente, tontas, a las que sacaba el dinero... Supongo que alguna se hartaría y le metió tres balas en el cuerpo. O tal vez fue el marido... Tenía que acabar así, no le des más vueltas, muchacho.

—El apodo de *Dandy* tendría alguna justificación, me imagino.

—Oh, sí, le gustaban los trajes caros, los coches deportivos, la buena vida... pero alguien tenía que pagar sus caprichos y no lo conseguía precisamente manejando un pico. Oye, ¿qué diablos te interesa a ti ese idiota, afortunadamente en el infierno?

Miller emitió una sonrisa de circunstancias.

—Mera curiosidad —respondió, evasivo.

Powell le miró recelosamente.

—No te creo, pero me da lo mismo. Y ahora... —Chascó los dedos—. Tengo mucho trabajo.

—Gracias, Bat. Ojalá encuentres al tipo que te robó la «pasta».

Miller regresó a su casa. ¿Cómo podría localizar a Hammix, ahora que ya conocía su identidad?

* * *

Sonaba el teléfono cuando abría la puerta del apartamento. Corrió hacia la consola y levantó el aparato.

—Miller —dijo.

—¡Terry! Soy Moira.

—¿Qué pasa? —El joven notó excitación en la voz de Moira—. ¿Es algo malo?

—Creo... el asesino está merodeando en torno a mi casa.

—¿Estás segura?

—He visto a un tipo muy parecido... Aún le veo; se está paseando por los jardines de la explanada delantera...

—Escucha, ¿no tienes unos gemelos, aunque sean de teatro?

—Sí, Terry.

—Bien. Sobre todo, no te alteres. Conserva la calma. No cortes la comunicación. Procura mirarle con los prismáticos. Trata de no ser vista. Actúa con la máxima discreción. *¡No te pongas nerviosa!*

—Está bien, lo haré ahora mismo.

—Yo espero aquí, en el teléfono.

Hubo un momento de silencio. Luego, Miller oyó nuevamente la voz de la muchacha.

—¿Terry?

—Sí, Moira.

—No hay duda. *¡Es él!*

—Muy bien. Escucha con atención y sigue mis instrucciones al pie de la letra. Ciérrate con doble vuelta de llave y echa la cadena. Si el tipo intenta penetrar en la casa, grita, chilla, rompe cristales, jarrones; lanza una silla o dos por la ventana... Haz mucho ruido, en suma. ¿Me has entendido?

—Sí, te comprendo.

—El ruido le hará escapar. Esos tipos actúan siempre con discreción. No les va el escándalo.

—Entendido, Terry.

—Y no te preocupes; yo estaré ahí antes de un cuarto de hora. Tocaré en la puerta tres veces, dos, una y tres veces. Así sabrás que soy yo.

—De acuerdo, pero... ven pronto, por favor. Tengo un miedo espantoso.

—Tranquilízate. Si ese tipo intenta entrar, haz lo que te he dicho exactamente. Hasta ahora.

Miller colgó el teléfono y corrió hacia la puerta. Mientras conducía el coche, se preguntó cómo podría haber averiguado Hammix tan pronto el domicilio de la muchacha.

Era un problema secundario. Lo importante ahora era evitar que el asesino le hiciera ningún daño.

Al llegar a las inmediaciones del edificio, dio la vuelta completamente y se detuvo en la trasera. Saltó del coche y, con paso natural, apareció por una calle transversal.

Hammix conocía a Rogers. Era probable que estuviese enterado de las relaciones de su víctima con Moira. Pero a él no le conocía en absoluto y por eso pasó cerca del sujeto, sin mirarle siquiera. Hammix, sentado en su coche, tabaleaba con los dedos sobre el volante.

Era obvio que estaba aguardando la ocasión propicia para subir al apartamento de la muchacha y actuar sin ser visto. Miller entró en la casa y, cuando estuvo seguro de no ser visto, corrió hacia la escalera.

Moira vivía en el primer piso. En pocos segundos estuvo ante su puerta. Hizo la señal convenida y ella abrió y se desplomó en sus brazos, al borde de una crisis nerviosa.

—Gracias a Dios —exclamó fervorosamente.

CAPÍTULO IV

Miller sonrió a la vez que acariciaba el sedoso cabello de la muchacha.

—Bueno, ya no tienes nada que temer —dijo—. Estoy aquí y traigo la solución.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Moira ansiosamente.

—Lo primero de todo, preparar una maleta con ropa para varios días. Hazla... pero corre las cortinas de tu dormitorio. Y procura darte prisa.

—Sí, Terry...

Miller se situó en las inmediaciones de la ventana, pero sin acercarse al vidrio. De este modo, podía ver sin ser visto. Sí, Hammix estaba allí.

Aguardaría a que se hiciera de noche, calculó. La noche le encontraría en un sitio completamente inesperado, se dijo.

Moira apareció minutos después, con una maleta en una mano y el bolso en la otra. Miller le entregó las llaves de su coche.

—Ve al Sierra Motel —dijo—. Toma la carretera Cuatro y, al llegar al cruce de San Dimas, desvíate a la izquierda por la secundaria Nueve. El motel está a sesenta kilómetros y su gerente se llama Poddock. Dile que vas de mi parte y que te proporcione la mejor cabina.

—Sí. ¿Qué más, Terry?

Miller metió la mano en el bolsillo y sacó un grueso rollo de billetes, que puso en el bolso de la muchacha.

—Espérame allí —dijo—. Yo llegaré el domingo al anochecer. No puedo eludir ese maldito compromiso; de lo contrario, me iría contigo. ¿Recuerdas bien las instrucciones? Repítelas, para que no haya errores.

Moira lo hizo así y Miller se sintió satisfecho.

—Pero tendré que salir por delante y el asesino me verá —objetó ella.

—No saldrás por delante. —Miller agarró su mano—. Ven.

Antes de salir del apartamento, exploró el corredor. Luego, llevando a la muchacha a remolque, la condujo hasta la ventana situada al fondo.

La maleta y el bolso quedaron de momento en el suelo. Miller agarró a la muchacha por la cintura, la hizo sentarse en el antepecho y luego, poco a poco, empezó a descenderla, sujetándola por la muñeca, hasta que sus pies quedaron a un par de palmos del suelo.

—Voy a soltarte —indicó.

Moira aterrizó sin inconvenientes. Miller lanzó a continuación la maleta y el bolso.

—Mi coche es el azul claro, con capota negra —señaló—. Sal inmediatamente por la calle de la izquierda. No te apresures, ya no corres ningún peligro.

Moira elevó la vista. Sonreía encantadoramente. De pronto, llevó la mano a los labios y le tiró un beso. Miller contestó con un alegre guiño de ojos.

Luego, la muchacha recogió el bolso y la maleta, y echó a correr hacia el automóvil. Miller permaneció en el mismo sitio, hasta que la vio desaparecer por la calle más próxima.

Entonces, regresó al apartamento. Levantó el teléfono y marcó un número.

—¿Policía? Escuche atentamente. Si quieren echarle el guante al asesino de Jim Rogers, acudan rápidamente a la calle Englewood. Está frente al dos mil seiscientos veinte.

Colgó el teléfono inmediatamente. No tenía ganas de que localizasen la llamada.

Tranquilamente, encendió un cigarrillo y continuó observando a Hammix. El asesino continuaba impertérrito en su actitud de espera.

Transcurrieron un par de minutos. De pronto, un coche de patrulla apareció por la esquina, rodando lenta y silenciosamente.

Hammix lo vio y se alarmó. Inmediatamente, dio el contacto y puso la marcha atrás.

Otro automóvil policial surgió por la calle que tenía a sus espaldas. Hammix maldijo obscenamente.

Le habían cortado la retirada. Loco de rabia, abrió la portezuela y saltó del coche.

—¡Alto, policía! —gritó un agente.

Hammix miró a derecha e izquierda. Frente a él había un taller, con entrada y salida por ambas partes. Si podía alcanzarlo...

Echó a correr, a la vez que disparaba su pistola. Los policías respondieron al fuego.

Hammix continuó corriendo. De cuando en cuando, se volvía y apretaba el gatillo. Súbitamente, dio una voltereta y cayó al suelo.

Los policías se acercaron cautelosamente. Miller, con los gemelos de teatro, contemplaba la escena, sin perderse detalle.

Hammix intentó levantarse, pero le fallaron las fuerzas y apoyó la cara en el asfalto. Uno de los policías se inclinó y, con un lápiz, recogió la pistola, mostrándola en alto a sus compañeros, para que vieran el silenciador de que estaba provista.

Miller le vio mover los labios, aunque no oyó lo que decía. Sin embargo, se imaginó fácilmente las palabras del policía:

—No cabe duda; éste era el hombre a quien buscábamos.

El joven lanzó un hondo suspiro de alivio. No era la venganza de un rufián como Rogers lo que le hacía sentirse satisfecho, sino el pensamiento de que Moira estaba fuera de peligro.

Por el momento, puesto que era de suponer que Hammix no había actuado por iniciativa propia. Pero ya averiguaría quién era el que deseaba la muerte de la muchacha.

* * *

—Es usted un estúpido, Jonathan —gritó la anciana—. La sopa está helada. ¿Quiere matarme de frío?

—Pero, señora... —protestó el acongojado mayordomo—. Le aseguro que yo...

—Fuera, lárguese, déjeme en paz de una vez. Es usted un inútil y sólo por el hecho de que fuese en vida mayordomo de mi difunto esposo, le mantengo en el puesto. Pero debería hacer lo mismo que con esa toma de Rosalia: despedirle en el acto.

La anciana se dio cuenta de que sus invitados la miraban con

gran atención y lanzó un bufido.

—¿Por qué no protestáis de la sopa, eh? Claro que tragaríais veneno, si os lo diera, con tal de seguir adulándome. Sólo pensáis en mi dinero y en el día en que estire la pata, y por eso me aguantáis como borregos.

Miller continuó tomando la sopa en silencio. Con sus primos, William y Helen Shadd, Nancy Ryan y Gerald Bascomb, estaba cenando en el amplio comedor de la lujosa residencia de su tía, Mary Woods-Teale, una anciana amargada, pero cargada de millones y que los tenía a ellos como únicos parientes y futuros herederos de su inmensa fortuna.

La anciana lo sabía y se complacía en sus frases hirientes, algunas de ellas realmente ofensivas. Precisamente, aquel mismo día, y por una futesa sin importancia, Mary había despedido a su doncella, después de una larga serie de crueles apostrofes.

Miller miró sucesivamente a sus primos. Los Shadd, ya maduros, sin perspectivas, amargados por una existencia rutinaria, él, modesto empleado en unas oficinas, en donde no había podido sobresalir jamás. Harían cualquier cosa por no enojar a la anciana y evitar así ser eliminados del testamento.

Nancy Ryan, de unos treinta y cinco años, opulenta y sin seso, con dos divorcios auestas y un montón de amantes, siempre sin un centavo en el bolsillo. A veces, Miller sospechaba que Nancy se dedicaba a la prostitución más o menos encubierta, pero nunca se había atrevido a mencionárselo ni siquiera indirectamente.

El otro sobrino, Gerald Bascomb era un hombre aún guapo, de cuarenta años, pero perfectamente inútil para ganar un dólar, ni siquiera con trampas. Vivía a salto de mata y Miller sospechaba que tenía empeñada ya la mitad de la parte que le podía corresponder en la herencia.

—Tuve hermanos y hermanas —gruñó Mary—. Todos fueron unos perfectos inútiles, gentes que no sabían dar un solo paso, sin venir a lloriquear en mi regazo. Se explica que engendrassen esta colección de inutilidades que tengo delante de mis narices.

Miró a Miller y le sacó la lengua.

—Y tú, el peor de todos, pese a tus ínfulas de artista. Tu madre fue una estúpida al casarse con aquel imbécil que se llamaba Roy Miller. Antes debió haberse pegado un tiro; al menos, no habría

dejado ese repugnante recuerdo que eres tú.

El joven sonrió.

—Querida tía, ¿no te han pegado nunca con una silla en la cabeza?

La anciana respingó:

—¿Qué dices, deslenguado?

—Lo que has oído. Y aún quiero que oigas algo más. Estoy aquí, por amor a mi difunta madre, que fue tu hermana. Pero tu dinero me importa un pito. Puedes metértelo donde mejor te parezca. O echarlo a los cerdos, si ése es tu gusto. Pero no insultes más a mis padres o, de veras, sin atender a tus años, te romperé la silla en la cabeza, vieja cacatúa, zorra deslenguada, maldita charlatana, podrida de dinero y podrida de mente.

Hubo un instante de silencio. Los demás comensales estaban despavoridos. Mary tenía la boca abierta y miraba al joven con expresión incrédula, como si dudase de lo que acababa de escuchar.

—No retiro una sola sílaba de lo que acabo de decir —continuó Miller—. Tienes un genio infernal y crees que por tu dinero puedes insultar a todo el mundo. La sopa no estaba fría, sino en su punto, y Jonathan sigue siendo el mayordomo fiel y eficiente que siempre fue. En cuanto a Rosalia, lo que has hecho con ella es una solemne canallada. Puede que no sea una mujer de muchas luces, pero es una persona y merecía que se la tratase como tal. Pero tú ignoras qué es el respeto a los demás y desconoces por completo las más elementales normas de la buena educación.

La anciana emitió un agudo chillido de cólera.

—¡Basta! No tolero que me hables de esa forma. Si no te gusta mi manera de ser, lárgate con cien mil diablos apestosos, y déjame en paz de una maldita vez. Eres un sobrino ruin, desvergonzado, digno hijo de tu miserable padre...

Los ojos de Miller despidieron chispas.

—Deja en paz a mi padre —pidió—. No lo menciones más... o no respondo de mí.

Vagamente, captó risitas a su alrededor. Los otros primos, pensó, estaban refocilándose de antemano. La vieja desheredaría al sobrino deslenguado, calculó que pensaban.

Pero no le importaba en absoluto. Mary pareció sentirse amedrentada ante su respuesta.

—Bueno, tu padre quizá... fuese una buena persona, pero tú, condenado sobrino...

—Oh, vete ya al diablo, vieja estúpida. ¡Jonathan! —gritó el joven repentinamente.

El mayordomo apareció casi en el acto.

—Señor...

Miller le hizo una señal con la mano. Jonathan se inclinó y pegó el oído a los labios del joven. Al oír su petición, respingó ligeramente, pero asintió en silencio y se retiró.

Momentos después, volvía con un objeto en las manos. Llegaba de espaldas a la anciana y Miller se levantó para salir a su encuentro.

—Gracias, Jonathan. Puede retirarse.

—Bien, señor.

Miller dio la vuelta al sillón que ocupaba la anciana y la miró fijamente.

—Mañana es tu cumpleaños. No sé qué te habrán traído tus sobrinos como regalo, pero aquí tienes el mío.

Mary contempló estupefacto la escoba que le entregaba el joven.

—Es lo que te mereces, vieja bruja —añadió Miller mordazmente.

Nancy tuvo que taparse la boca, para no soltar una atroz carcajada. Los otros hacían desesperados esfuerzos por mantener la compostura.

En los ojos de la anciana hubo un relámpago de ira, pero también de admiración. Movi6 el brazo y lanzó la escoba a lo lejos.

—Hablaremos luego, sobrino —dijo ceñudamente—. Sí, tenemos mucho que hablar...

—Nada, tía, ya está dicho todo. He tenido que venir en taxi, porque he prestado mi coche a... un amigo. Me iré mañana, apenas haya desayunado, y cuando salga de aquí, cuenta que has perdido a un pariente para siempre.

Se volvió hacia sus primos.

—Vosotros os alegraréis y con razón —añadió, mordaz.

Y ya se disponía a marcharse, dispuesto a cenar en la cocina, cuando, de pronto, sucedió algo que le hizo variar de opinión.

Jonathan entró en el comedor.

—Señora, el señor y la señora Grantland —anunció, solemne.

CAPÍTULO V

Nathaniel Grantland entró en el comedor, pomposo y pagado de sí mismo, acompañado de una hermosa mujer de unos treinta y dos años, de opulenta figura y ojos llenos de malicia. Grantland llegó junto a la anciana, se inclinó para besarle la mano y dijo:

—Señora Woods-Teale, en primer lugar debo pedirle perdón por nuestro retraso. Un inesperado atasco en la circulación ha hecho que perdiéramos unos minutos preciosos, cosa que deploro infinitamente y espero que usted sepa comprender, para disculparnos. Y, en segundo lugar, permítame presentarle a mi esposa Elsie.

—Encantada —dijo Mary—. Y no se preocupe, señor Grantland; apenas habían servido la sopa. Ah, permita que le presente a mis sobrinos...

Grantland sonrió cuando le llegó el turno al joven.

—Nos conocemos, señor Miller —dijo.

—En efecto, y es un placer verle en casa de mi tía. Señora... —Miller saludó a la espectacular esposa del banquero—. Si me lo permite, le diré que su marido tiene algo que vale infinitamente más que todo el dinero que guarda en sus arcas.

Elsie rió, evidentemente halagada, y sus senos, apenas velados por el traje de fiesta, se agitaron perceptiblemente.

—Muy amable, señor Miller —contestó.

Jonathan acomodó a los recién llegados. Entonces, Mary dijo:

—El señor Grantland es mi nuevo asesor financiero. Tengo muy buenos informes sobre su capacidad, inteligencia y discreción, y por ello espero que su tarea de asesoramiento resulte de la máxima eficacia.

Grantland, ya sentado, hizo una ligera inclinación con el torso.

—Haré todo lo que pueda por acrecentar sus bienes, señora — contestó.

—Gracias. Jonathan, continúe sirviendo.

Miller había rectificado sus intenciones. Ahora se sentía sumamente interesado en estudiar a Grantland.

¿Cómo diablos había logrado convencer a su tía? El joven empezó a pensar que, pese a su aparente firmeza de carácter, tía Mary era más ingenua de lo que parecía.

Mientras, Grantland conservaba con Nancy, su vecina de mesa. Elsie atendía a Bascomb. Los Shadd parecían un tanto ajenos a lo que sucedía en la mesa. Mary estaba en la cabecera, vigilando como un centinela, moviendo la vista continuamente de un lado para otro, como si tratase de no perderse una sola sílaba de lo que allí se decía.

—El oficio de banquero parece monótono, pero, en ocasiones, resulta excitante —dijo Grantland al cabo de unos minutos, tratando de darse importancia ante Nancy Ryan—. Proporciona múltiples satisfacciones, cuando se ve que el dinero sirve para ayudar a las personas en sus apuros; pero también, en ocasiones, da algún disgusto que otro.

Nancy se echó a reír.

—Por favor, presénteme a alguien al que el dinero le haya dado un disgusto... y le concederé una condecoración.

—Entonces, tendrá que dármele a mí. Precisamente, esta misma semana me han dado un disgusto de noventa mil dólares.

—¿Cómo?

—Sí. Atracaron mi Banco... Claro que el seguro pagará la pérdida, pero, aun así, preferiría que no hubiera sucedido...

Miller estuvo a punto de lanzar un chillido.

Aún tenía el dinero en casa. Lo había contado.

El total ascendía a veintiocho mil seiscientos cuarenta dólares. ¿Cómo se atrevía Grantland a citar una suma tres veces mayor?

Procuró mantener su impasibilidad y continuó cenando. Al cabo de unos minutos empezó a charlar con la señora Grantland. Elsie pareció sentirse encantada de recibir sus atenciones. Dejando de lado otras consideraciones, Miller empezó a pensar que una aventura con aquella hermosa y, con toda seguridad, muy ardiente mujer, resultaría sumamente agradable.

Tendría que tantear el terreno para no cometer errores, se dijo.

Después de la cena, pasaron al salón, en donde les sirvieron el café y los licores. Miller observó que Grantland parecía muy interesado por los innegables encantos de su prima Nancy.

La anciana fue la primera en retirarse. Miller se marchó minutos después.

Esperó en su habitación cosa de un cuarto de hora. Abajo, en el salón, continuaba la charla. Al salir, discretamente, percibió voces y risas. Sin hacer ruido, se encaminó al dormitorio de su tía y llamó a la puerta.

—Adelante —dijo ella.

Miller entró y cerró cuidadosamente. Mary estaba en la cama, recostada sobre un montón de almohadones, leyendo un libro, y le miró por encima de los lentes con armazón de acero.

—¿Qué quieres? —preguntó secamente—. ¿Has venido a disculparte?

—Dije que no retiraba una sola de las palabras que había pronunciado y así es —contestó el joven—. Tu dinero me importa un rábano, tía.

—¿De veras? —La anciana sonrió burlonamente—. Ahora eres joven, idealista, lleno de ilusiones... Ya cambiarás, te lo aseguro.

—No lo creo, pero no he venido a hablar contigo de mi futuro.

—Entonces, has venido a hablar de la escoba que me regalaste. Podía haber sido una aspiradora. Hoy día, las brujas son muy modernas y ya no vuelan en escobas.

—Si hubieses tenido solamente diez años menos, te la habría roto en la cabeza. Oye, tía, ¿de veras es Grantland tu asesor financiero?

—Lo has oído claramente, me parece.

—Sí, es cierto. ¿Cómo lo contrataste?

—El anterior murió.

—¿Mac Bannister?

—Sí. ¿No lo sabías?

—Yo no me relaciono con los financieros de altos vuelos. ¿Qué le pasó? Parecía un hombre saludable...

—Su automóvil se salió de la carretera y cayó al mar desde cincuenta metros de altura. La policía dijo que fue rotura de la dirección.

—Oh, un accidente.

—En efecto. El propio pasante de Mac Bannister fue el que me recomendó a Grantland. Pero ¿no decíamos que el dinero no te importaba? Entonces, ¿qué te preocupa de mi asesor financiero?

Miller se batió en retirada.

—Nada, nada... Ah, tía, ¿puedo pedirte un favor?

Mary le dirigió una mirada oblicua.

—¿Y si yo te pidiera que te disculpases?

—Tendríamos que disculparnos mutuamente.

La anciana sonrió.

—No sé por qué, pero tu independencia me gusta. Eres el único que se ha atrevido a alzarme la voz... ¿Qué diablos quieres? ¿Dinero? Vosotros, los artistas, andáis siempre con los bolsillos vueltos del revés.

—En primer lugar, yo no soy artista, aunque gran parte de lo que hago tiene mucho que ver con el arte. Y, en segundo, no necesito dinero.

—Entonces, ¿qué demonios quieres? —se extrañó la anciana.

—Hoy has despedido a Rosalia...

—Sí, pero también es cierto que le he dado una buena indemnización. Y no se lo merecía, créeme.

—Bueno, dejemos esto. El caso es que necesitas una doncella.

—Desde luego.

—Yo puedo proporcionártela. Si ella acepta, claro.

—Por mí, no hay inconveniente. ¿Cuándo la enviarás?

—El lunes, espero. La acompañaré en persona.

—De acuerdo. ¿Quién es?

—Mi amante —contestó el joven sin pestañear.

—¡Terry! Tienes una cara dura...

—La conocí cuando tenía quince años. Ahora ya ha cumplido los veintidós. Tenemos seis hijos; tres partos dobles, ¿sabes?

Mary abrió la boca. Luego emitió un bufido.

—Sal, sal de aquí inmediatamente, antes de que te tire este libro, sobrino carente de moral y de decencia.

Miller se echó a reír.

—El lunes vendré con Moira. Los niños están en el orfelinato, recogidos de caridad. Por ellos no debes preocuparte...

Cerró la puerta, todavía riendo. Luego se puso serio. Sí, era una

buena idea. Sólo faltaba lograr el consentimiento de Moira.

* * *

Estaba en traje de baño, sobre una roca bañada por el sol, casi dando frente a la cascada que se desplomaba rugiendo desde doce o quince metros de altura. Tenía los ojos cerrados y parecía embelesada, escuchando el fragor del agua y recibiendo en pleno rostro la caricia del sol y del viento.

Con la chaqueta al hombro, Miller llegó a la roca y se apoyó en ella.

—Bonito, ¿verdad?

Moira abrió los ojos y volvió la cabeza.

—¡Terry! Has llegado...

—Estoy aquí, me parece —contestó él jovialmente—. ¿Cómo te sientes?

—Oh, maravillosamente. Es un lugar tan encantador... El gerente me dio la mejor cabina; me llena de atenciones... Debe de ser buen amigo tuyo, ¿no?

—Sí, lo es.

—Empiezo a recobrar me de los malos ratos que pasé. A veces creo que es un sueño, Terry.

—Ocurrió en realidad, pero ya ha pasado.

—Por cierto, ¿qué fue del asesino?

—Vino la policía, trató de huir, disparando su pistola, y murió.

—Eso significa que ya no debo temer nada de él.

—No. Moira, en estos momentos estás sin trabajo.

—Así es. No me gustaría volver a la oficina, suponiendo que me admitiesen.

—No necesitarás volver, si aceptas la colocación que tengo para ti.

Moira palmoteo de alegría.

—¡Oh, eres estupendo, Terry! No sé cómo darte las gracias...

—No me las des todavía. Espera primero a saber de qué clase de empleo se trata.

—¿Algo... malo?

Miller contempló un momento a la muchacha. El cuerpo, fino, esbelto, aunque muy blanco, debido a que apenas si salía al aire

libre; el rostro, lleno de gracia y frescura juveniles; los senos, breves, pero firmes y erguidos, los ojos claros y el pelo largo, sedoso y brillante como hebras de oro puro... Sí, era una estampa rebosante de atractivos, se dijo.

—El empleo te dará comida, alojamiento y un sueldo de seiscientos dólares mensuales. También te proporcionará un uniforme, negro, con cofia, cuello, puños y delantal blancos.

Hubo un instante de silencio.

—Eso es... Una doncella —dijo Moira al cabo.

—Sí, es empleo de sirvienta. Además, la señora tiene un genio infernal y, cuando menos te lo esperes, te lanzará un plato a la cabeza o se meterá con tus antepasados. Sin embargo, me interesa que aceptes ese trabajo.

Ella le miró largamente.

—Terry, no sé quién eres, pero confío en ti. Sin embargo, pienso que quieres tenerme en esa casa, para espiar a su dueña —dijo.

—No precisamente a su dueña —sonrió él—. Sin embargo, habrás de dispensarme de más explicaciones por el momento. Otra cosa, y no la menos importante: allí estarás completamente segura.

—Entonces, acepto.

* * *

A veces, Mary Woods-Teale usaba impertinentes para mirar a las personas. Moira se sintió incómoda cuando la anciana le contempló con las gafas de cerco de oro, sostenidas por una patilla del mismo metal, adornada con brillantitos y rematada por una esmeralda de gran valor.

—De modo que ésa es tu amante —dijo, al cabo de un largo rato de silencio.

Moira se sofocó vivamente, pero recordando las instrucciones del joven, prefirió callar.

—Te equivocas, tía —contestó Miller—. Mi amante me ha abandonado, después de estrangular a sus seis hijos, para fugarse a París con un pintor alcoholizado. A Moira me la encontré hace unas cuantas noches, bajo un farol, lloviendo a mares, y perseguida por un chulo que quería marcarle la cara con su navaja. Le rompí los brazos al tipo y a ella la recogí en mi casa.

—Terry, cuéntame otra historia más divertida —dijo la anciana agriamente—. Moira, ¿te ha dicho este pervertido que tengo un genio de mil diablos?

—Sí, señora, pero yo creo que exagera...

—Por mucho que te haya dicho de mí, se habrá quedado corto.

—Mary alzó la voz—: ¡Jonathan!

El mayordomo llegó a los pocos instantes.

—¿Señora?

—Jonathan, ésta es Moira, la nueva doncella. Te ocuparás de instruirla en sus obligaciones.

—Sí, señora.

—Y hazlo bien, para que no cometa los mismos errores que la estúpida de Rosalia.

—Lo procuraré, señora.

Mary agitó la mano.

—Eso es todo, Jonathan.

—Bien, señora. Moira, ¿me acompaña usted?

—Un momento —pidió el joven. Agarró a Moira por un brazo y se le llevó aparte—. Procura ser cortés y trata de conseguir que sus insultos resbalen sobre tu epidermis. No comentes en absoluto la forma en que nos hemos conocido y, en el peor de los casos, niega rotundamente haber conocido a Jim Rogers.

—Lo haré, Terry —prometió la chica.

—Y trata de recordar el nombre del médico o químico amigo de Jim. Es muy importante, ¿comprendes?

—De acuerdo.

Miller sonrió.

—Buena suerte. Vendré a verte con frecuencia —se despidió.

Moira se marchó, acompañada del mayordomo. Miller regresó junto a la anciana.

—Bueno, tía, debo marcharme —dijo.

—¿Qué necesitas? —preguntó ella bruscamente.

—Nada.

—Cuando me regalan algo para mi cumpleaños, suelo agradecerlo con un cheque. A los otros cuervos, es decir, tus primos, les di quinientos dólares a cada uno. Tu madre, a pesar de lo que pueda decir, fue mi favorita. A ti te daré mil.

—No te molestes, tía. Dije que no quiero tu dinero y, si insistes,

romperé el cheque.

—Eres... incomprensible —gruñó la anciana—. Tendrías que haber oído los comentarios de tus primos. Yo no los escuché, pero me imagino lo que dijeron...

—Sé perfectamente lo que dijeron: «¿Cuándo reventará esa vieja bruja?». La verdad, tía, con el montón de millones que tienes, quinientos dólares... ¡Debieron haberte tirado los cheques a la cara!

—Lo habrían hecho, si tuviesen dignidad, pero desconocen el significado de esa palabra —contestó la anciana abruptamente.

—Y tú desconoces el significado de la palabra caridad.

Miller dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. Su tía le llamó a grandes gritos, pero él no la hizo el menor caso.

CAPÍTULO VI

Bat Powell se paseaba por la oficina, mientras reflexionaba profundamente, golpeándose los dientes con el cabo de un lápiz. Contra su costumbre, no fumaba un habano. Fuera, sus más íntimos colaboradores esperaban nuevas órdenes.

Al cabo de unos minutos, Powell se acercó a la ventana y apoyó la frente en el cristal. En aquel momento, vio llegar un coche a toda velocidad.

La ventana estaba en un muro lateral, que formaba parte de un callejón sin salida. El conductor del coche lo vio demasiado tarde y frenó con agudo chirrido de neumáticos. Saltó del automóvil y quiso huir, pero los ocupantes de un segundo vehículo, que acababan de llegar, le cerraron el paso.

El perseguido corrió, enloquecido por el pánico. De pronto, se volvió, con los manos en alto, suplicando piedad.

No hubo compasión. A cuatro pasos de distancia, los dos perseguidores descargaron sobre el otro sus dos pistolas. Powell se retiró presurosamente de la ventana, aunque sin perder de vista la escena por completo.

La víctima cayó de bruces, arrojando caños de sangre por las heridas. Todavía movía las piernas un poco, pero no tardó en quedarse quieto definitivamente.

Los dos asesinos se marcharon rápidamente. Powell sacó un pañuelo y, tras secarse el sudor de la frente, fue a su bar privado y se sirvió una generosa dosis de escocés. Luego buscó un cigarrillo, mordió la punta, escupió y lo sujetó con los dientes. Pero no lo encendió.

Todavía seguía muy preocupado y no sólo por el asesinato que había tenido lugar en sus narices. Al cabo de un rato, se decidió,

marcó un número de teléfono y esperó unos instantes.

Alguien contestó a los pocos momentos. Powell dijo:

—¿Terry Miller? Soy Bat *el Profeta*. Necesito que vengas cuanto antes a mi oficina. No, no hagas preguntas; discutiremos el asunto frente a frente. Muy bien, aquí me tendrás... Y gracias por el favor, muchacho.

* * *

A Powell le llamaban el Profeta por lo acertado, en general, de sus pronósticos sobre las carreras de caballos. Sentado en una butaca, con las yemas de los dedos juntas, Miller escrutó el rostro del menudo hombrecillo que tenía frente a sí y en el que se advertían indudables síntomas de nerviosismo.

—Bueno, Bat, suéltelo de una vez. ¿Qué te ocurre? ¿Tienes relación con el jaleo que hay en el callejón?

Powell meneó la cabeza. Los policías estaban abajo, investigando el asesinato del sujeto que ya sabía se llamaba Stan Dundee. Había estado en la oficina, pero Powell declaró no haber visto nada. Sólo oyó los tiros y, cuando se asomó, la víctima ya estaba en el suelo y los asesinos se habían dado a la fuga.

—Terry, en esta ciudad suceden cosas raras desde hace algún tiempo —dijo Powell al cabo—. Nadie sabe apenas nada, pero existe una organización, yo diría casi recién fundada, que trata de apoderarse de toda la «pasta» que circula por ahí. Se oyen muchos rumores, hay comentarios para todos los gustos, pero, en concreto, nadie sabe nada y, menos todavía, quién es el jefe.

—Bat, tú sabes de sobra que yo no he estado mezclado jamás en esa clase de asuntos. Mi única relación, si acaso, es contigo y sólo porque en tres o cuatro ocasiones se me ocurrió apostar.

—Siempre te di buenos consejos. Ganaste «pasta».

—Lo admito. Pero de ahí no he pasado...

—¿Qué me dices de Jim Rogers? ¿Por qué tenías que interesarte por ese granuja y por el tipo que lo «apioló»?

—Bueno, había una chica, amiga mía, mezclada involuntariamente en el caso... Jim Rogers la engañó; incluso la pidió en matrimonio y estaban prometidos. Lo único que hice fue abrirle los ojos. Y también salvarla de Hammix.

—Me siento contentísimo de saber que esa fiera está bajo seis palmos de tierra —declaró Powell—. De todas formas, agradecería tu ayuda, Terry.

Miller respingó.

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer por ti?

Los menudos ojillos del apostador se achicaron más todavía.

—Si no recuerdo mal, tuviste un lío con el Banco que preside Grantland —dijo.

—No me lo recuerdes —contestó el joven, haciendo una mueca—. Perdí unos cuantos miles... Se sacaron un truco nuevo de la manga y...

—Y ese dinero se volatilizó de tu cuenta. ¿Por qué no fuiste a los tribunales?

Miller se encogió de hombros.

—De todos modos, no lo iba a recuperar —astutamente, se calló que tenía en casa el dinero del atraco—. Pero sigue, sigue, por favor, no te pares.

—Yo he estado pensando —dijo Powell—. Ya sabes que perdí sesenta mil dólares. Grantland dijo que me había cambiado la bolsa. La había encargado especial y, prácticamente, resultaba invulnerable. Al menos, si se disponía de poco tiempo. Pero cuando la abrí en su despacho, como solía hacer, sólo aparecieron recortes de periódico.

—Lo sé. ¿Qué más, Bat?

—Fui al Banco acompañado de Jake Purdom, un mulo de dos patas, pero absolutamente leal. Por supuesto, no iba a entrar con él en el despacho, así que fui solo. Pero tuve que aguardar unos minutos en el antedespacho. Y estuve solo todo el tiempo.

—¿Te atracaron entonces? —sonrió el joven.

—No. El empleado que me atendió, dijo que sólo esperaría uno o dos minutos, y a mí me pareció que no había pasado más tiempo cuando me recibió Grantland. Mientras estaba sentado, encendí un cigarrillo. No sé si antes o al mismo tiempo, me sentí mareado, con un gran vértigo, pero se me pasó en seguida. Luego fue cuando Grantland me recibió y se descubrió el «pastel».

—Hasta ahora, no has dicho nada que no sepamos, ni que tenga algo interesante.

—Espera —pidió Powell—. Encendí el cigarrillo, como te he

dicho. Pero cuando entré en el despacho, no lo llevaba en la mano, como habría sido lo lógico. Al salir, lo vi en el suelo, completamente consumido.

—Si arrojas al suelo un cigarrillo, recién encendido, se consumirá...

—O se apagará, no hay reglas precisas. Pero si sólo pasaron dos minutos, yo debería tenerlo aún encendido cuando saludé a Grantland. He estado pensándolo mucho, Terry. Cada vez estoy más convencido de que pasé en aquella estancia no menos de diez minutos.

Miller frunció el ceño.

—Termina de explicarte, por favor —rogó.

—Aquel maldito mareo... Nunca me había sucedido nada semejante, Terry, te lo juro. Sinceramente, creo que me drogaron y, aprovechándose de mi inconsciencia, vaciaron la bolsa y la llenaron de recortes de periódicos.

El joven se levantó. Fue al bar y se sirvió una copa.

—Una droga —murmuró, recordando lo que le había sucedido a Moira—. ¡Pero está la cerradura con candado de combinación y, me parece, sólo tú la conocías!

—Eso es lo que me desconcierta más. No la sabe ni Jake Purdom, y eso que estoy seguro de que no la repetiría ni aunque le arrancasen la carne con tenazas al rojo vivo. ¿Cómo abrieron ese maldito candado?

Miller demoró la respuesta unos momentos, mientras saboreaba el contenido de su vaso. Luego se volvió hacia su interlocutor.

—Bat, tú conoces a mucha más gente que yo —dijo al cabo—. Jim Rogers conocía a un sujeto, médico o químico, especialista en drogas, pero no heroína, cocaína o cualquiera de esas que tanto se venden hoy día. Me refiero a drogas que pueden anular la voluntad de una persona y hacerle obedecer cualquier orden, por disparatada que sea.

—¿Quieres decir que me ordenaron abrir mi propia bolsa? —chilló Powell.

—Cálmate. La ira no te hará ningún bien. Hemos de hacer las cosas como se debe, con el máximo de discreción. Trata de buscar a ese médico o químico y yo me encargaré del resto.

Powell se pasó una mano por la cara.

—Ordenarme que abriese la bolsa... Pero si parece tan fantástico, que no se puede creer sea verdad.

—Yo mismo presencié un caso de persona drogada de ese modo y puedo asegurarte que no había visto nunca cosa igual. Si en aquel momento le hubiese ordenado asesinar a cualquiera, lo habría hecho sin vacilar —dijo Miller muy serio.

—Está bien, haré lo que pueda. Buscaré a ese condenado médico...

—Y me dirás su nombre y dónde vive, y yo me encargaré del resto.

Powell miró de hito en hito a su visitante.

—Terry, ese tal Grantland, ¿es el dueño de la cueva de ladrones que atiende por el nombre de Banco?

—Muy probablemente —contestó el joven, a la vez que emprendía la retirada.

* * *

Empujando el carrito, embutida en su correcto uniforme, Moira sirvió el té a la dueña de la casa y a su invitado. Nathaniel Grantland miró un tanto impertinentemente a la muchacha.

—Es nueva su doncella, señora —observó.

—Sí, hace poco tiempo que la tengo a mi servicio. —Mary se echó a reír—. No la devore con los ojos, tipo lascivo; usted ya tiene una esposa que es un monumento de belleza.

—No puedo quejarme —sonrió el invitado.

Moira sirvió el té rápida y diestramente.

—¿Desea algo más, señora? —consultó.

—No, gracias, puedes retirarte, muchacha.

—Sí, señora.

Moira dobló las rodillas ligeramente y se marchó. Pero al abandonar el salón, dejó la puerta entreabierta y se quedó allí a escuchar lo que se hablaba entre la dueña de la casa y su asesor financiero.

—Personalmente —dijo Grantland, con su habitual tono lleno de pomposidad—, pienso que debería vender esos valores y reducirlos a metálico. Están a la baja y...

Moira no pudo seguir escuchando. Alguien la pellizcaba por

detrás. Encarnada como una guinda, se volvió y casi gritó al reconocer al osado.

—Terry, ¿cómo te has atrevido...?

—¿Sabes que está muy feo escuchar detrás de las puertas?

—Lo hacía por ti, tonto. Grantland está hablando con tu tía.

—Oh... Entonces, escucharemos los dos.

Volvieron a acercarse a la puerta. Miller, con toda tranquilidad, pasó un brazo por la cintura de la muchacha. Moira notó una extraña sensación, nada desagradable. Aquel simple contacto provocaba en ella sentimientos que no había percibido en sus mejores momentos con Jim Rogers.

Jonathan, el mayordomo, pasó por el fondo y vio a la pareja en aquella situación, tan juntos. Meneó la cabeza y siguió su camino.

Al cabo de un buen rato, Grantland anunció sus propósitos de marcharse. Miller y la muchacha se separaron de la puerta.

—Te veré luego —dijo él.

—¿Cómo marchan las cosas? —preguntó Moira, ansiosamente.

Miller movió la mano con un gesto ambiguo.

—Así, así... Nada nuevo —repuso.

Grantland salía en aquel momento y saludó al joven con gran cordialidad. Moira se estiró la falda y entró en el salón, para retirar el servicio de té.

Miller entró casi en seguida. Su tía le dirigió una mirada escasamente acogedora.

—¿Has venido a contemplar a esta chica? —preguntó.

—¿Contemplar? Eso es poco, tía —rió el joven—. Pero no puedo decirte lo que haremos ella y yo a la noche. Ofendería tus castos oídos.

—No fanfarronees. Si de algo me precio, es de conocer a la gente. Moira es una chica decente y no consentiré que la perviertas. ¿Entendido, sátiro de vía estrecha?

—Entendido, tía.

Moira se alejaba, sonriendo ocultamente. Miller le guiñó un ojo. Luego se encaró con la anciana.

—Tía, dijiste que Grantland sustituía a Mac Bannister, muerto en accidente.

—Es cierto. Y lo hace muy bien, todo es preciso decirlo.

—Lo celebro. También creo recordar que te lo recomendó el

pasante de Mac Bannister.

—Sí, pero ¿a qué diablos vienen tantas preguntas?

—Ya te lo explicaré en otro momento. Tía, ¿cómo se llama ese individuo?

—Luther Dogherty. ¿Algo más?

—Su dirección.

—La tengo en mi agenda. Luego te la daré.

—Gracias, tía.

—No me las des. Explícame...

—No puedo —contestó el joven.

—¿Por qué?

—Tienes un genio de todos los diablos y lo echarías a perder antes de tiempo. Ya lo sabrás algún día y, créeme, no tendrás que lamentarlo. Dime, ¿qué tal se porta Moira?

—No puedo quejarme. Es amable, cortés muy atenta... Sobrino, dime, ¿de dónde la sacaste? Porque no creo que te la encontrases callejeando...

Miller sonrió ladinamente.

—Algún día te contaré la historia completa —respondió. Se inclinó hacia la anciana y la besó en la frente—. Hasta la vista, tía.

Los ojos de Mary se dilataron.

—¡Me ha besado! ¡Es un milagro! —exclamó.

Miller se echó a reír. Antes de abandonar la casa, procuró encontrarse con la muchacha.

—Sigue observando a Grantland —dijo.

—¿Qué sospechas de él, Terry?

—Muchas cosas y ninguna buena —contestó el joven—. Vuelve pronto —rogó Moira.

—Lo procuraré. Hasta la vista, preciosa.

—Buena suerte, Terry.

CAPÍTULO VII

El hombre abrió la puerta y miró con curiosidad a su visitante.

—¿Sí? —dijo.

—¿Es usted Luther Dogherty? —preguntó Miller.

—En efecto. ¿En qué puedo servirle?

—Me llamo Miller. Tuve algunos asuntos, aunque hace ya mucho tiempo, con el difunto Mac Bannister. Desearía hacerle algunas preguntas, puesto que usted era su pariente. Si no es molestia, claro.

Dogherty se echó a un lado.

—Pase —invitó—. Disculpe el desorden, pero vivo solo... Soy soltero...

—Yo también —sonrió el joven—. Mi casa, a veces, está aún peor que la suya. Pero no se preocupe, por favor.

—Muy bien. Entonces, usted dirá...

—Se trata de su difunto jefe. Usted era el pasante.

—Su hombre de confianza, modestia aparte. La muerte del señor Mac Bannister me afectó muchísimo. Aún era joven... Bueno, tenía alrededor de sesenta años y una salud de hierro...

—Ya. El accidente surge cuando uno menos lo espera... Por favor, dígame, ¿fue usted quien recomendó al señor Grantland a la señora Woods-Teale?

—En efecto. Cuando murió mi jefe, tuve que liquidar lo mejor que pude los asuntos de su bufete. Yo no terminé la carrera y, por tanto, no podía seguir desempeñando aquellos trabajos. Tengo entendido que la señora Woods-Teale está muy satisfecha con el señor Grantland.

—Yo también opino lo mismo. Dígame, ¿lo conocía usted con anterioridad?

Dogherty vaciló. Miller lo notó.

—Bueno, yo...

—Siga, siga, no se detenga —rogó el joven amablemente.

—La verdad es que había ido algunas veces a su Banco... Yo tenía algunos ahorrillos y él me aconsejó gratuitamente y mis finanzas mejoraron... En vista de ello, hablé con la señora Woods-Teale cuando murió mi jefe...

—Comprendo. Hizo usted lo que debía en tal situación. Por cierto, ¿dónde trabaja ahora?

Dogherty volvió a titubear.

—No... Bueno, me estoy tomando una especie de vacaciones... No tengo prisa por volver a trabajar... La labor era muy pesada y...

—Absolutamente lógico —convino Miller—. Gracias por su amabilidad y perdone la molestia.

—Al contrario, ha sido un placer. Encantado de conocerle.

Miller se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia el individuo.

—Señor Dogherty, ¿de veras cree que fue un accidente? —preguntó sin alterar el tono de su voz.

Dogherty se puso lívido. Abrió la boca y quiso decir algo, pero las palabras no le salían siquiera de la garganta. Miller volvió a sonreír, abrió y salió de la casa.

—Asesinaron a Mac Bannister, tan cierto como que el sol sale todas las mañanas —masculló, mientras se sentaba tras el volante de su coche.

* * *

El Profeta llamó inesperadamente.

—Tengo noticias para ti —dijo.

—Adelante, Bat.

—He localizado al fulano que le proporcionaba la droga a Rogers. Se llama Ely Creighton y vive en el cuatro mil seiscientos dos, de Southside Road.

—Está bien. Iré a verle. Gracias, Bat.

—Pienso que debe de ser él. Tuvo bastante amistad con Rogers y trabaja en la
Western & Atlantic

Chemical. En el laboratorio, por supuesto.

—Es una estupenda noticia.

—Además, sé que gasta dinero. Más de lo que podría, de acuerdo con su sueldo, y no es bajo.

—Entendido. Iré a verle y... Bat, pajita a pajita, se hace el nido. El apostador se echó a reír.

—Yo lo hubiera dicho de otro modo, Terry —exclamó.

—¿Cómo?

—Tabla a tabla, se hace el ataúd. Para Grantland, claro.

Miller frunció el ceño.

—Bat, no estarás pensando en contratar a un matón —dijo.

—Claro que no, hombre. Pero si le destruimos, será tanto como si lo enterrásemos. ¡Y si fue él, por Dios que ha de pagarme el robo!

—Tengo la impresión de que Grantland empieza a apuntar a piezas mucho más grandes. Pero ya te contaré en otro momento. Hablaré con Creighton a la noche; creo que lo mejor es hacerlo en su propia casa.

—Muy bien. Llámame en cuanto sepas algo.

Miller colgó el teléfono y volvió a su tarea. Media hora más tarde, llamaron a la puerta.

Al abrir, se llevó una gran sorpresa.

—¡Moirá!

—¿Puedo pasar? —solicitó la muchacha, con una maravillosa sonrisa.

Miller asió su mano y tiró de ella hacia adentro.

—Es la visita más agradable y menos esperada de este día —dijo jubilosamente—. Siéntate y prepararé café...

—¿Por qué no dejas que lo haga yo, Terry?

—Muy bien, vamos a la cocina.

Moirá dejó el bolso en la sala y caminó junto al dueño de la casa.

—No me lo explico. ¿Cómo estás aquí? —dijo Miller, que todavía no podía creer en la presencia de la muchacha en su casa.

—También las doncellas tienen su día libre —contestó Moirá graciosamente—. ¿Cómo desea su café el señor? ¿Muy cargado? ¿Leche? ¿Crema? ¿Azúcar?

—Muy cargado y con un solo terrón. Moirá, ¿te han dicho alguna vez que eres la chica más estupenda del mundo?

Ella se volvió y le miró por encima del hombro, evidentemente complacida.

—Tal vez, pero no en ese tono —repuso.

—Es el de la sinceridad —aseguró él.

—Te creo. Y tú me pareces un tipo magnífico.

—Gracias, Moira.

—Me salvaste de un grave apuro. No lo olvido nunca. —La joven meneó su cabeza—. No podré olvidar que me porté como una tonta...

—Al contrario, creo que debieras olvidarlo para siempre. Existen infinidad de tipos como Rogers, hábiles en embaucar a las mujeres y conseguir de ellas todo lo que se les antoja. No eres la única, ni has sido la primera, ni serás la última.

—Gracias, Terry. No sabes lo bien que me siento al oírte hablar así. A propósito, tu tía me ha dado recuerdos para ti.

—Si no tuviera ese genio tan infernal...

—Bueno, pues yo diría que parece haber cambiado un tanto. Al menos, a mí me trata con cierta discreción, aunque no es demasiado amable que digamos. Pero tampoco me ha insultado... todavía. Y me ha hablado de ti.

—¿De veras? Me habrá puesto como un trapo —rió el joven.

—No lo creas. Me ha dicho que eres el único sobrino con la independencia suficiente para hacerte un porvenir, sin necesidad de mendigarle un solo centavo. ¿Es eso cierto?

—Pude estudiar, gracias a mis padres —contestó él—. También eran independientes y no querían agradecerle nada a ella. Y como me gustaba mi profesión, me establecí por mi cuenta... y voy saliendo adelante. Aparte de eso, no me gusta humillarme por quinientos o mil dólares... ¡ni por todo el oro del mundo!

—Ella lo sabe, Terry —dijo Moira, a la vez que retiraba la cafetera del fuego—. Por cierto, ayer estuvo Grantland nuevamente en su casa.

Miller se envaró.

—¿Qué hizo?

—No lo sé, no tuve ocasión de escucharlo. Sé que se encerraron en su despacho... Grantland llevó un portafolios repleto de papeles. Le vi abrirlo cuando les servía café, pero tuve que retirarme antes de poder enterarme de lo que sucedía. ¿Por qué no hablas con ella,

Terry?

Los ojos del joven chispearon.

—Sospecho que Grantland, en su género, es otro tipo como Jim Rogers. Ha embaucado a mi tía, no sé cómo... y como se descuide, la va a desplumar.

—Tendrías que impedirlo —dijo Moira con vehemencia—. ¿Por qué no vas a verla...?

—Es inútil, no me haría caso. Tendría que presentarle pruebas contundentes y no puedo por ahora. De todas formas, creo que tenemos tiempo.

—¿Estás seguro, Terry?

—Si Grantland piensa saquear su fortuna tiene que hacerlo por medios más o menos legales, pero siempre salvando las apariencias. Y eso puede resultar fácil para un experto, pero, forzosamente, no puede ir con rapidez o alguien más sospecharía de él y se descubriría el pastel. Sigue observándola y tenme al corriente.

—De acuerdo. ¿Cuándo piensas ir por allí?

Miller contempló un instante a la muchacha y sonrió.

—Tal vez me deje caer el viernes por la noche. No puedo asegurarlo, pero procuraré ir este fin de semana.

Moira empezó a llenar las tazas.

—Me gustará servirte el café —sonrió.

De pronto, Miller la agarró por un brazo y la atrajo hacia sí. La muchacha abrió mucho sus ojos, grandes, de claras pupilas.

—Terry...

Miller la besó largamente. Moira no protestó.

Al cabo de unos momentos, se separaron. El joven sonrió. —Sí, iré el fin de semana— aseguró.

* * *

El coche rodaba lentamente. Miller vio al fin el número que buscaba y, para no hacerse sospechoso, se alejó todavía cien metros más.

Luego detuvo el coche y se dispuso a salir. A los pocos instantes, vio venir a una mujer hacia el lugar en que se encontraba.

Ella caminaba rápidamente. Vestía con gran discreción, pero, pese a todo, no podía disimular su cuerpo de exuberantes curvas.

Miller se hundió en el asiento. Elsie Grantland pasó por su lado sin verle, taconeando rápidamente. ¿Qué hacía la mujer en aquellos parajes a tales horas?, se preguntó.

«Tal vez tiene un fulano...», especuló. Siguió su marcha con el retrovisor externo y, unos segundos más tarde, la vio abrir la portezuela de un coche, parado aún más lejos que el suyo, y en el que entró sin vacilar.

Las luces del automóvil se encendieron en el acto, al mismo tiempo que Elsie lo hacía arrancar. Miller empezó a pensar en que era demasiada casualidad que ella estuviese por aquel barrio.

Cuando los faros rojos del coche de Elsie se hubieron perdido de vista, abandonó su propio automóvil y caminó lentamente hacia la casa donde residía el químico. Al llegar a las inmediaciones, se detuvo y examinó el edificio con detenimiento.

Estaba en un barrio residencial, por cuyo centro pasaba una amplia avenida, flanqueada de árboles. Las casas quedaban aisladas, cada una de ellas con su jardín individual. La de Creighton tenía una sola planta y parecía bastante lujosa.

Miller se pellizcó el labio inferior. Las habitaciones estaban a oscuras. Quizá el dueño de la casa no había regresado todavía.

Merecía la pena aguardar unos momentos. «O lo que sea necesario», se dijo.

Repentinamente, se oyó un agudo chillido en el interior de la casa.

Miller se enderezó. Un relámpago de color rojo iluminó una de las ventanas, al mismo tiempo que se percibía una estruendosa detonación. En la fracción de segundo que duró el fogonazo, Miller pudo captar la silueta de un hombre que extendía bruscamente ambos brazos.

Brilló un segundo relámpago. El hombre empezaba a caer. Mientras caía, sufrió una fuerte sacudida. Tras el nuevo estampido, volvió el silencio.

Miller se guareció en el tronco de un árbol. El asesino, se dijo, saldría corriendo ahora y...

Estaba equivocado. Segundos después, oyó el rugido de un motor, pero al otro lado de la casa. Era evidente que el asesino había empleado la puerta posterior para entrar en el edificio y cometer su crimen.

Meneó la cabeza. Ya no podría interrogar a Creighton, se dijo. Alguien se le había anticipado, cerrándole la boca para siempre.

CAPÍTULO VIII

—No se sabe quién es el asesino ni se tiene la menor idea de su identidad —dijo Powell a la mañana siguiente.

—Lo vi desde la calle. Precisamente estaba ya frente a su casa, cuando empezaron los tiros. Otra boca cerrada, ¿eh?

—Puedes figurártelo. Como la de Dundee.

—¿Qué sabes de éste?

—He captado algunos rumores. Parece que se quejaba de haber sido objeto de una estafa. Alguien añadió un cero a un cheque de cinco mil dólares.

Miller silbó.

—La diferencia es notable —comentó.

—Y tanto. Dundee estaba furioso y juraba y perjuraba que iba a despellejar vivo al autor de la jugarreta..., pero quien se quedó sin pellejo fue él.

—¿Qué hacía Dundee, Bat?

—Era un «tiburón».

—Oh, comprendo. Prestaba dinero.

—Sí. También he oído decir que alguien le propuso entrar a formar parte de su organización, pero Dundee se negó. Entonces, fue cuando añadieron un cero a su cheque. Y como vociferaba mucho...

—Le cerraron la boca. Gracias, Bat. Siento no haber podido hablar con Creighton.

—No te preocupes, muchacho.

Miller colgó el teléfono, sumamente preocupado. ¿Era Grantland el jefe de aquella organización? ¿El distinguido y eficiente presidente de un Banco?

Pero el Banco, ahora estaba seguro, no era sino la tapadera de

otros negocios inconfesables.

Tabaleó con los dedos encima de la mesa. Tenía que seguir adelante, se dijo.

De pronto, recordó algo y su semblante se animó. Un cuarto de hora más tarde, salía de su casa, dispuesto a poner en práctica una idea concebida ya días antes.

* * *

La vio salir de su casa y se encaminó a su encuentro, con aire casual. Al llegar frente a ella, se detuvo y la miró con la sonrisa en los labios.

—¿Señora Grantland?

Elsie sonrió a su vez.

—Terry Miller, el sobrino de la señora Woods-Teale —dijo, a la vez que le tendía la mano enguantada.

—El mismo. No sabe cuánto celebro este encuentro... Pero tal vez estoy molestándola...

—Oh, no es molestia en absoluto. Me sentía un poco aburrida y pensaba ir al centro, a ver escaparates...

—La esposa de un prominente banquero se ve siempre postergada por los negocios de su marido —dijo el joven—. Si yo fuese él, no la dejaría a usted ni a sol ni a sombra.

Elsie rió, halagada.

—Trabaja mucho, en efecto. Yo le digo que no se lo tome tan a pecho, pero ¡me quiere tanto! Desea lo mejor para mí y nada le parece lo suficientemente bueno. Por eso se mata a trabajar y...

—En fin, señora, no quiero molestarla más. Aunque si me lo permitiese podría llevarla al centro. Tengo el coche cerca; precisamente regresaba de casa de un amigo y, en estos momentos, estoy completamente libre. Pero a su disposición, por supuesto.

—Si no le resulta inconveniente, acepto su invitación, señor Miller.

El joven hizo un ademán.

—Por aquí, señora —indicó—. Y, por favor, llámeme Terry.

Elsie le dirigió una larga mirada, a través de sus espesas pestañas. Momentos después, Miller ponía su coche en movimiento.

—Se me está ocurriendo una cosa, señora —dijo de pronto.

—Será interesante, supongo.

—Al menos, para mí... si acepta tomar una copa en mi apartamento.

Elsie pareció reflexionar.

—Está bien, pero sólo una copa —dijo al cabo.

—Será lo que usted desee, señora Grantland.

—Terry, llámeme Elsie.

—Encantado, Elsie.

Un cuarto de hora más tarde, ella se sentaba en el diván y cruzaba las piernas. El vestido era muy ajustado y se subió hasta más arriba de las rodillas, permitiendo ver la separación entre las medias y la blanca carne de los muslos, redondos y carnosos. Miller le entregó una copa y ella le miró maliciosamente por encima del borde.

—Terry, ¿qué pretende usted? —inquirió.

—¿Se lo digo con claridad?

—Por favor.

El joven se sentó junto a su invitada y pasó un brazo por su cintura. Ella echó el busto hacia atrás.

—Es usted demasiado rápido, amigo mío —dijo.

—No he dormido desde que la conocí, pensando continuamente en usted. A decir verdad, desde entonces siento constantemente ideas asesinas.

—Terry, me da miedo...

—Oh, por usted, no; por su esposo. Lo envidio profundamente... y lo odio de todo corazón.

—¿Habla en serio?

Miller se inclinó y besó el perfumado escote de la mujer. Elsie se estremeció vivamente.

—Terry, no siga...

Las manos del joven empezaron a moverse por las presillas del traje. Luego buscó la boca de Elsie y la besó vorazmente. Ella tenía los labios cerrados, pero él los perforó con su lengua.

Las manos de Elsie se crisparon en su nuca. Ella pronunciaba palabras ininteligibles y ya no se resistía a ser despojada de sus ropas. Momentos después, rodaban sobre la alfombra, confundidos en un quemante abrazo.

Luego hubo un rato de silencio. Al fin, Elsie sonrió.

—¿Por qué he sido tan imbécil? —murmuró.

Miller la besó de nuevo.

—A veces pasa —contestó.

—Sí..., pero no debes tomarlo como costumbre.

Bruscamente, Elsie se puso en pie.

—Tengo que peinarme un poco —dijo riendo—. Me has dejado los pelos hechos un asco...

Corrió hacia el cuarto de baño. Miller se vistió rápidamente.

Encendió un cigarrillo. De pronto, su vista recayó sobre el bolso de Elsie, abandonado sobre un sillón.

Volvió la cabeza un instante. Luego fue hacia el sillón y abrió el bolso. Hurgó rápidamente en su interior. Parecía que no iba a encontrar nada, cuando sus dedos tocaron un objeto cilíndrico.

Sacó el frasquito. Estaba lleno de unas píldoras de forma lenticular y de color amarillento. Había lo menos cincuenta. Un par de ellas, se dijo, no serían echadas en falta.

El frasquito, por otra parte, no tenía etiquetas de ninguna clase. Miller se echó al bolsillo las dos grageas y procuró dejar todo tal como lo había encontrado.

Momentos después, estaba abrochando el sostén de Elsie...

—¿No puedes quedarte más tiempo? —rogó.

—Imposible, querido —ella le acarició la mejilla—. Mi esposo está a punto de regresar a casa. No quiero que sospeche nada.

—Te llamaré...

—¡No! —cortó ella vivamente—. Yo te llamaré. Procuraré buscar un encuentro con mucho más tiempo.

—Todo el que quieras, dulzura.

Miller besó el cuello de Elsie. Ella suspiró.

—Volveremos a vernos —prometió cálidamente.

—De acuerdo. Te llevaré a casa...

—Gracias. Prefiero tomar un taxi. No te molestes, encanto.

Miller se acercó a la ventana al verla salir. Elsie no volvió la cabeza una sola vez, pero no lo lamentó.

Al cabo de un rato, contempló las grageas. Había muchas en el frasquito. ¿Era, acaso, el último trabajo de Creighton?

El teléfono sonó en aquel instante, arrancándole a sus meditaciones. Levantó el aparato y pronunció su nombre.

—Señor Miller, soy Grantland.

El joven se quedó estupefacto. A duras penas pudo contener la sorpresa que le producía aquella inesperada llamada.

—Encantado de saludarle, señor Grantland —dijo cortésmente—. ¿Puedo serle útil en algo?

—A decir verdad, sí. Bueno, quiero decir que... En fin, ¿por qué no viene mañana a mi despacho y hablamos más extensamente? A las diez de la mañana.

—De acuerdo.

—Gracias, señor Miller. Le aseguro que no tendrá que lamentar haber accedido a mi petición.

—Al contrario, será un placer.

El teléfono volvió a la horquilla. Miller se mordió los labios.

—¿Qué diablos puede querer ese tiburón? —masculló.

Pero la cita en el Banco no entrañaba ningún peligro, por lo que no veía inconveniente en acudir a la hora acordada. Antes, sin embargo, tenía que hacer una prueba.

* * *

Bat Powell tomó el café casi de golpe y luego hizo una mueca.

—Ese condenado Jake no sabe hacer café —se quejó—. Bien, Terry, ¿qué me cuentas?

—Mañana tengo que entrevistarme con Grantland en el Banco.

Las cejas del apostador se levantaron.

—¿Qué quiere ese buitro? —preguntó.

—No lo sé. Hemos de hablar personalmente.

—Estoy buscando al asesino de Creighton, ¿sabes?

—¿Tienes alguna pista?

—En principio, sí, pero no quiero decirte nada... —Powell se pasó una mano por la frente—. No sé qué me está pasando...

Powell abrió y cerró los ojos varias veces. Miller lo contemplaba con discreta curiosidad.

Al cabo de unos segundos, Powell echó la cabeza hacia atrás y pareció quedarse dormido, aunque seguía con los ojos abiertos. Miller se puso en pie.

—Bat, ¿me oyes?

—Sí.

—¿Quién soy yo?

—Terry Miller.

—Gracias. Bat, coge una pluma y un papel.

El apostador obedeció. Miller añadió:

—Escribe lo siguiente: «Debo medio millón de dólares a Terence Miller». Añade la fecha y fírmalo.

Powell hizo puntualmente lo que le decían. Miller sonrió.

Alargó la mano, abrió la cigarrera, sacó un habano y lo puso en la boca del apostador.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Un cigarro —contestó Powell.

—¿Te gusta fumar cigarros?

—Sí.

—Pero yo no quiero que lo enciendas.

—No lo encenderé.

Miller consideró que la prueba era más que suficiente. Retiró el habano de la boca de Powell y luego le dio una orden:

—Ve al lavabo y refréscate la cabeza con mucha agua.

Powell se levantó como un autómatas. Media hora más tarde, regresó, todavía con la mirada ausente.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó.

Miller le sirvió un gran vaso lleno de café.

—Ahora no hay droga —dijo.

Powell reaccionó finalmente un cuarto de hora más tarde. Sonriendo, Miller le enseñó el papel que había escrito en estado de inconsciencia.

—¿Qué te parece? —preguntó.

El apostador lanzó un chillido.

—¡Es falso! ¡No te debo un solo centavo! ¿Cómo diablos he podido escribir yo una cosa semejante? —exclamó, mientras rompía el papel en mil pedazos.

—Lo hiciste bajo la acción de la droga que te propiné, sin que lo notaras. Aunque supongo que en el robo de los sesenta mil, emplearon una mínima dosis de gas, suficiente para aturdirte durante diez minutos.

Powell se sentía pasmado.

—Terry, no hablarás en serio...

—Sé quién tiene cincuenta grageas más como la que estás viendo —dijo el joven, a la vez que le enseñaba la que le quedaba

—. Y esto explica muchas cosas, entre ellas la muerte de Creighton. En resumen, ya no les era necesario y lo borraron del mundo de los vivos.

—Entonces, es Grantland...

—Sí. Y el problema ahora es encontrar la forma de desenmascararlo. No resultará fácil, Bat.

Powell meditó unos segundos. Al fin, dijo:

—Tengo infinidad de conocimientos. Pondré en marcha todos mis recursos, Terry, puedes creerme.

Miller se levantó.

—Pero, sobre todo, procura ser discreto —aconsejó.

—Descuida. —Los dientes del apostador chirriaron ruidosamente

—. Este tipo me quitó sesenta mil «pavos» y se lo haré pagar... ¡con su propio pellejo, si es necesario!

CAPÍTULO IX

Miller no quiso aceptar ninguna bebida, ni siquiera café, ni tampoco tabaco. Grantland no hizo cuestión personal de ello y miró al joven con la mejor de sus sonrisas. «La sonrisa del lobo que se dispone a devorar su presa», pensó Miller.

Grantland carraspeó antes de empezar a hablar.

—Señor Miller, amigo mío, tengo noticias de sus excelentes cualidades como arquitecto y decorador. No, no se haga el modesto, porque sé muy bien que es un notable artista y ante la verdad, no cabe la modestia.

—Usted me considera excesivamente —sonrió el joven.

—Al contrario, creo que ha sido una suerte para mí encontrarle a usted. Verá, amigo mío, resulta que hace tiempo compré un buen trozo de terreno, en donde pienso edificar una residencia para mis fines de semana y vacaciones. Yo querría que fuese usted a estudiar ese terreno y que empezase a trazar los bocetos para mi residencia. Estudiaríamos los distintos proyectos, yo me decidiría por uno de ellos y luego le encomendaría definitivamente el trabajo. Por supuesto, le concedo plena libertad de acción y, como puede imaginarse, no deberá sentir la menor preocupación por el presupuesto económico. ¿Qué me contesta usted?

—Bien, en principio, es muy halagador...

Grantland levantó una mano.

—No se comprometa radicalmente —dijo—. Vaya primero al lugar donde quiero levantar mi casa y examine el terreno a fondo. Aunque luego decida no aceptar mi proposición, cosa que lamentaría, desde luego, pero a la que no podría formular ninguna objeción. ¿Lo hará?

—Está bien, aunque no me será posible en esta semana, señor

Grantland.

—¿Cuándo?

—¿Le parece bien el lunes?

—Encantado.

Grantland entregó al joven dos papeles. Uno de ellos contenía la indicación topográfica de su terreno. El otro era un cheque por valor de mil dólares.

—Es demasiado —protestó Miller.

—Son los honorarios que estimo adecuados por el simple trabajo de estudio del terreno —sonrió el banquero. Grantland soltó una fuerte risotada—. Por supuesto, he extendido el cheque contra mi propio Banco.

—Muy lógico —sonrió el joven.

—Venga a verme el lunes por la tarde, se lo ruego.

—Muy bien, así lo haré.

Miller se puso en pie. Grantland hizo un gesto con la mano.

—Ah, señor Miller, permítame que le diga que su tía Mary es una persona realmente encantadora —exclamó entusiasmado.

—Muchas gracias.

—Resulta agradable y estimulante conversar con ella. Además, es muy independiente y no siempre admite mis consejos en materia financiera. Debo añadir que con razón, en algunas ocasiones.

—Sí, mi tía es muy lista —convino el joven.

Cuando salió a la calle, Miller se formuló una pregunta, lógica en tales circunstancias:

—¿Cuál es el juego que se trae entre manos ese capitán de bandidos?

* * *

—¿Estás contenta con Grantland, tía? —preguntó Miller el domingo por la noche.

La anciana miró recelosamente a su sobrino.

—¿A qué viene ese repentino interés por mis finanzas? ¿No eras tú el hombre completamente desinteresado de todo lo que huelga a dinero?

—Mi forma de pensar, en este aspecto, no ha variado fundamentalmente. Sólo sentía curiosidad por conocer tu opinión al

respecto.

—Estoy satisfecha con Grantland, si eso es lo que te preocupa. Moira, llévate mi plato.

—Sí, señora —contestó la muchacha, que atendía al servicio de la cena.

—Terry —dijo la anciana de pronto.

—Sí, tía.

—Tú ocultas algo. ¿Por qué no eres claro conmigo?

—Te hice la pregunta por simple curiosidad, insisto. Sé que estabas muy contenta con Mac Bannister y que te sentiste muy apenada al conocer la noticia de su muerte. Eso es todo.

—¡Hum! —Gruñó la anciana—. No te creo, pero, en fin, no quiero insistir sobre el particular.

—Gracias, tía.

Moira entró en aquel momento, con una fuente en las manos.

—Yo no quiero más —dijo Mary—. Llena el plato de mi sobrino; le conviene alimentarse.

Moira sonrió discretamente.

—Por cierto, tía —exclamó Miller de pronto—. Mañana te dejaré sin tu doncella.

Los ojos de la anciana contemplaron escrutadoramente el rostro del joven.

—Terry, tú hubieras sido feliz viviendo en la época de las orgías romanas —dijo agudamente—. ¿Adónde piensas llevar a esta inocente jovencita, pervertido individuo, atropellador de la moral y de la decencia?

—Al campo —contestó el joven sin pestañear—. Moira y yo nos iremos de excursión y pasaremos el día juntos. Si ella acepta, claro.

—¿Y si no concedo mi permiso?

—Me la llevaré de todos modos.

—Entonces, si piensas hacer tu santísima voluntad, no sé por qué nos lo consultas. Moira, hija, te ha caído encima un sultán.

—Ella está de pie y yo sentado, tía —dijo Miller jovialmente.

—Tú ya sabes lo que quiero decir —refunfuñó la anciana—. ¿Es que ella no puede expresar su opinión?

—Si la señora me concede su permiso, acompañaré con mucho gusto al señor Miller —dijo Moira.

—Esto no puede acabar bien —se quejó Mary.

Miller y la muchacha cambiaron una mirada. Más tarde, el joven buscó la ocasión y abrazó a Moira cálidamente.

—Yo pienso que acabará de una manera maravillosa —dijo—. ¿Y tú?

Moira ocultó su cabeza en el pecho del joven.

—Lo deseo con todo mi corazón —respondió.

* * *

Miller detuvo el coche y se apeó, con el rollo de papeles en la mano. Moira salió por el otro lado, sencillamente ataviada, con gafas de color y un pañuelo a la cabeza.

—No es un lugar muy agradable —observó.

Miller dio unos pasos. Desenrolló uno de los planos y lo estudió atentamente.

—Pero es éste —afirmó—. No cabe duda; es la propiedad de Grantland.

—Terry, si yo tuviese dinero, no me haría aquí una casa por nada del mundo —exclamó Moira.

El joven se sentía desorientado. Moira tenía razón.

Era un terreno completamente árido, con abundancia de piedras y matorrales que vivían dificultosamente en un suelo carente por completo de agua. Miller tenía ya cierta experiencia y calculó que, si se quería perforar para encontrar agua, habría que gastarse una pequeña fortuna y, aun así, el éxito no era seguro.

Tan sólo se veía un árbol en varios kilómetros a la redonda. Un poco más allá, sin embargo, se divisaba una especie de ribazo, como una falla del terreno, con algunas rocas de grandes dimensiones.

—¿Es posible que Grantland haya elegido este lugar para su residencia de descanso?

De pronto, creyó ver algo al pie de la falla.

Parecía un mojón de señalamiento de límites. Convendría examinarlo, se dijo.

Una leve brisa se elevó de pronto y del suelo se alzaron algunos remolinos de polvo. Moira no pudo contener una exclamación:

—¡Dios mío, qué lugar tan tétrico! ¿Sabes lo que le falta aquí, Terry?

—Dímelo, por favor.

—Una ciudad muerta del viejo Oeste.

El viento arrancó una mata seca y la hizo rodar una veintena de metros. Se oyó un lúgubre silbido. Miller empezó a sentirse repentinamente aprensivo.

—Aguarda aquí —dijo de pronto—. Voy a ver aquel mojón y regresaré en seguida.

Moiras asintió. El joven echó a andar.

Cuarenta metros más adelante, se detuvo en seco.

Alguien había estado allí recientemente. El supuesto mojón estaba en parte oculto por una mata reseca. Al otro lado, divisó algo que parecía una varilla de metal, en posición vertical.

Ladeó el cuerpo ligeramente. Sí, el metal brillaba visto desde aquella posición. Parecía la antena de un aparato de radio portátil. ¿Lo habría abandonado algún paseante?

Cada vez se sentía más nervioso. La petición de Grantland, un hombre de evidente buen gusto, no tenía sentido. Una residencia en aquellos parajes resultaría un fracaso en todos los aspectos. Ni aun pensando en que con el tiempo y abundancia de agua se podía crear un frondoso jardín, podía admitirse la idea. El paisaje no tenía nada de ameno y sí mucho de triste y monótono.

Emitiría un informe negativo, se decidió finalmente. En cuanto a la supuesta antena de radio portátil...

Súbitamente, comprendió su significado y dio media vuelta.

—¡Moiras, échate al suelo! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

El mismo lo hizo una fracción de segundo más tarde, justo cuando la tierra eruptaba con indescriptible violencia. Hubo un tremendo chispazo y luego una explosión apocalíptica, mientras se elevaba a las alturas un gigantesco chorro de polvo, humo y piedras.

Tumbado boca abajo, Miller se cubrió la cabeza con las manos. Era lo único que podía hacer, mientras las piedras y la tierra caían por todas partes, después de haber sido sacudido por el violentísimo soplo de la onda expansiva. Una piedra le golpeó el omoplato y otra pareció taladrarle la carne de la pantorrilla izquierda. Gritó de dolor.

El fragor de la explosión se disipó lentamente. Miller irguió la cabeza. El cielo se había vuelto momentáneamente amarillo.

La voz de Moira sonó trémula, ansiosa:

—¡Terry! ¡Terry!

El joven se incorporó y agitó una mano. Moira corría enloquecida hacia él.

—Estoy bien —dijo Miller, frotándose la pantorrilla—. Pero me he librado por muy poco...

Moira llegó junto a él, agarró sus hombros con manos crispadas y le miró intensamente.

—Pensé que habías muerto —jadeó.

—He tenido un poco de suerte —contestó él, con una sonrisa de circunstancias.

Miró a su alrededor. De pronto, vio a lo lejos una nube de polvo que se alejaba rápidamente.

—Allá va —dijo.

Moira volvió la cabeza.

—¿Quién? —preguntó.

—No lo sé..., pero estaba vigilándonos con unos prismáticos. Cuando vio que me acercaba a las rocas, accionó el mecanismo de control remoto que provocó la ignición de la carga explosiva.

—¿E... es eso cierto?

—Vi la antena escondida entre unos matorrales. Ese individuo sabía que yo recorrería el terreno, para hacerme una idea sobre el emplazamiento de la casa. Sólo tenía que aguardar a que me acercase al roquedal.

—Es decir, lo preparó con tiempo.

Miller hizo una mueca.

—Desde el viernes, en que conversamos sobre el tema, tuvo tiempo más que sobrado —repuso.

—Entonces, sospechas de Grantland.

—No lo sospecho: estoy absolutamente seguro de que fue él. Sólo que no puedo probarlo.

—Me siento llena de pánico —confesó Moira—. Terry, ¿qué piensas hacer ahora?

—Regresaremos a casa de tía Mary. Tú te quedarás allí. Yo iré a la mía. Aún no he terminado.

Volvió la vista hacia el lugar de la explosión. Se estremeció al pensar en lo que podía haberle sucedido, de hallarse más cerca en el momento de la deflagración. Los destrozos eran evidentes.

—El individuo estaba un poco lejos —murmuró—. A pesar de los prismáticos, la vista le engañó y creyó que yo me encontraba ya a la distancia conveniente. De todos modos, no lo habría pasado muy bien, si me hubiese quedado en pie y frente a las rocas.

Pasó el brazo por los hombros de la muchacha y la empujó suavemente hacia el coche.

—Moirá, tengo la impresión de que nuestro conocimiento te ha proporcionado más disgustos que satisfacciones —dijo.

—Oh, no seas tonto... Te he conocido a ti y eso merece muchos disgustos y malos ratos.

Miller se inclinó y la besó suavemente en los labios. —Pronto vendrá el tiempo de los buenos ratos— auguró.

CAPÍTULO X

Eran las tres de la tarde, cuando sonó el teléfono. Miller levantó el aparato.

—¿Sí?

—Soy Grantland. Señor Miller, tengo que decirle algo importante. Y también debo presentarle mis disculpas...

—¿De qué se trata?

—No sé cómo decírselo. He sufrido una terrible confusión. Le entregué un plano equivocado. Es de unos terrenos que el Banco admitió como garantía de un préstamo y que no tienen apenas valor. Hace poco, al repasar unos documentos, encontré el plano auténtico. Señor Miller, confío en que ello no le habrá causado demasiadas molestias.

—Oh, no tiene importancia. Todos podemos equivocarnos, señor Grantland.

—No sabe usted qué aliviado me siento al oírle hablar así. ¿Podrá disculparme?

—Por favor...

—Si continúa interesado en el trabajo, le enviaré el plano. Ya me dirá algo sobre el particular, espero.

—En otro momento, señor Grantland. No creo que el caso resulte de mucha urgencia.

—Oh, en absoluto. Unos días más o menos, carecen de importancia. Gracias por su amabilidad, amigo mío.

—De nada. Ha sido un placer escucharle.

Miller dejó el teléfono en la horquilla y lo miró como si quisiera llegar hasta el final de la línea.

—Eres muy listo —soliloquió—. Sabes ya que tu golpe ha fallado y has querido cubrírte. Apostaría doble contra sencillo a que

mañana me llamas para decirme que ignorabas que estuvieran realizándose obras de explanación en aquel lugar y que celebras mucho que me haya librado de una inoportuna explosión de dinamita. Ahora no, sería demasiado pronto y tratas de cubrirte con esa disculpa, que no creería un niño de cuatro años.

Pero naturalmente, Grantland no podía escucharle. Sin embargo, pensaba firmemente que su razonamiento era el adecuado.

Se preguntó cómo podría atrapar al sujeto. Había que buscar la forma de tenderle una trampa.

—Y hacer que caiga de patas en ella y no pueda librarse —murmuró.

El teléfono volvió a sonar bruscamente y le sobresaltó al interrumpir sus meditaciones.

—Miller —dijo.

—Powell —exclamó el apostador—. Terry, ven.

—¿Qué sucede, Bat?

—No hagas preguntas. Te espero en mi despacho. ¡Ahora mismo!

Powell colgó el teléfono sin añadir una sola palabra más. El joven comprendió de inmediato la urgencia de la llamada. Agarró la chaqueta y salió a la carrera, poniéndosela mientras esperaba al ascensor. Powell debía de tener noticias, no había dudas al respecto.

Un cuarto de hora más tarde entraba en el despacho del apostador. Powell mordía nerviosamente su cigarro.

—Acompáñame, Terry.

Miller le siguió sin rechistar. Entonces se dio cuenta de que la oficina estaba completamente desierta. Powell solía tener siempre allí dos o tres de sus secuaces más conspicuos y ahora no veía a ninguno, ni siquiera al inseparable Jake Purdom.

Powell se acomodó en el coche del joven y movió la mano.

—Sigue por donde te indique —dijo escuetamente.

El automóvil se puso en marcha. Miller era lo suficientemente discreto como para no hacer preguntas. Powell no le había llamado por una fruslería.

Veinte minutos más tarde, detuvo el coche ante un gran almacén, situado casi en un descampado y ya tan antiguo, que hasta las letras del rótulo habían desaparecido, borradas por la acción de los elementos. Estaba aislado de otros edificios y parecía ir a

desplomarse en escombros de un momento a otro.

Powell se acercó al gran portón de madera y tocó con los nudillos. Alguien escrutó a través de una mirilla. Luego, se abrió una de las hojas y el apostador hizo un gesto con la mano.

—Ya hemos llegado, Terry.

Miller atravesó la puerta, que alguien cerró inmediatamente a sus espaldas. Las ventanas polvorientas apenas si dejaban pasar la luz. Sin embargo, pudo divisar a un hombre, sentado en una silla, a la cual estaba amarrado por medio de unas sogas.

La silla, a su vez, estaba sujeta a una columna de hierro cubierto de óxido. En el rostro del individuo había temor, pero también cólera difícilmente contenida.

Con gesto melodramático, Powell señaló al prisionero:

—¡Ahí tienes al asesino de Creighton!

* * *

Hubo un momento de silencio. Los secuaces de Powell permanecían callados, expectantes, pero dispuestos a hacer lo que se les ordenase, sin sentir el menor escrúpulo, adivinó el joven.

Al fin, Miller despegó los labios:

—¿Seguro, Bat?

—Absolutamente comprobado, Terry —respondió el apostador con gran énfasis—. Su nombre es Phil Billings. Puedes preguntarle lo que gustes. He pensado que tú podrás interrogarle con más habilidad que nosotros.

—No diré nada —gruñó Billings hoscamente—. Lo que han hecho conmigo es un secuestro y puede costarles caro.

Powell soltó una risita.

—El tipo los tiene bien puestos —comentó—. Eso es porque no sabe aún de lo somos capaces. Bien, Terry, tú tienes la palabra.

El joven meditó unos segundos. Luego hizo su primera pregunta:

—¿Por qué asesinó a Creighton?

—¿Quién era ese individuo? —preguntó Billings burlonamente.

Miller se dio cuenta de que el sujeto era duro y correoso. Resultaría difícil sacarle las respuestas que esperaban.

—¿Intervino en la muerte de Dundee?

—Nunca he conocido a un hombre llamado así —respondió el

prisionero.

En aquel momento, Miller vio que uno de los guardaespaldas de Powell llamaba a éste a un aparte. No obstante, continuó su interrogatorio.

—¿Por qué fue asesinado Dundee?

—¿Por qué fue asesinado Kennedy?

De pronto, Miller sintió que le tocaban en el hombro. Volvió la cabeza. Powell le hizo un gesto y lo siguió unos pasos.

—¿Qué ocurre, Bat? —preguntó.

—Topper dice que hace tiempo, ese tipo trabajaba como mecánico de reparación de automóviles. Por lo visto, debe de pensar que matar a la gente es más productivo que reparar coches.

—Sólo tiene una desventaja: carecen de Seguridad Social —sonrió el joven—. Pero el dato, en efecto, puede ser importante.

—No le arrancarás una sola sílaba, a menos que te muestres más duro que él.

—¿Le quemamos los pies?

—Topper dice que hay un método mejor. Lo tienen aquí desde hace un par de horas y se ha entretenido en un trabajito. ¿Quieres dejarle que haga las preguntas?

Miller movió la mano izquierda.

—Adelante.

Powell dijo solamente:

—Topper, es tuyo.

—Si, jefe.

El sujeto fue al otro lado de una pila de cajones vacíos y regresó con una caja de madera, algo mayor que una de zapatos, en cuya parte superior se veía un agujero de forma ovalada. Se arrodilló frente al prisionero y se dirigió a sus dos compinches. Algo se movía en el interior de la caja.

—Jake, Nick, descalzadle el pie izquierdo.

Billings tenía las piernas sujetas de tal modo, que apenas si podía mover el tobillo lo suficiente para un ligero juego del pie. Con ojos de preocupación, contempló la maniobra y tuvo que permitir que su pie izquierdo penetrase en la caja a través del hueco, cosa que no sucedió sin algunos esfuerzos. Luego, Topper, sonriendo de un modo especial, empezó a hablar:

—La caja tiene dos compartimentos, uno para tu pie y otro para

la rata que lleva ahí dentro veinticuatro horas sin comer. Hay una trampa y en cuanto la levante, el bicho empezará a morder. Puede dejarte solo los huesos del pie, sin que mueras; y si aun así aguantas, te la pondremos en el otro pie.

Se volvió hacia Powell y le miró como si le consultase una duda.

—Aunque no sé qué será mejor, jefe. Si le aplicamos la caja al estómago desnudo, la rata mordeá ahí...

—Pero morirá muy pronto —contestó Powell con fingida preocupación.

Miller fijó la vista en el prisionero. Billings había dejado de fanfarronear. Estaba lívido y el sudor corría a chorros por sus sienes.

—¡No suelten a la rata! —chilló, al borde de un ataque de nervios—. Lo diré todo, pero quítenme esta maldita caja.

Powell palmeó la espalda del joven. Miller dio un paso adelante.

—¿Por qué asesinó a Creighton?

—Yo... me lo ordenó... Supongo que fue él; sólo le había visto antes una vez... —sollozó el asesino.

—Bueno, diga el nombre.

—Dogherty.

Miller lanzó un resoplido.

—Billings, ¿le ordenó Dogherty manipular en la dirección del coche de Mac Bannister?

—Sí... —contestó el sujeto, que estaba completamente desmoralizado.

Powell se inclinó hacia adelante.

—Te vi disparar contra Dundee. ¿Por qué?

—Benjy Connor me pidió que le acompañase. Dijo algo acerca de la negativa de Dundee a entrar en no sé qué organización... Me pagó mil «machacantes».

Powell escupió rencorosamente al sujeto.

—Hubo un tiempo en que Dundee y yo fuimos amigos —dijo. Se volvió hacia Miller—. Luego se metió en asuntos poco limpios y dejamos de relacionarnos.

—Dijiste que era prestamista.

—Sí. Y tenía sus matones, para apalea al que se retrasaba en los pagos... La verdad es que tenía que acabar acribillado a balazos, aunque no me explico qué organización quería llevárselo.

—Un prestamista maneja mucho dinero, como tú, Bat.

Powell inspiró con fuerza.

—¿Será posible? —murmuró.

—Empiezo a creer que es la única respuesta posible.

—Sí, quizá tengas razón. Bueno, ¿qué hacemos con el pajarraco?

Miller sonrió malévolamente.

—Topper, ¿por qué no le sueltas la rata? Ya sabemos todo lo que necesitábamos.

Billings lanzó un atroz chillido.

—¡No, no!

Pero Topper levantó parte de la tapa superior. Entonces, una paloma se elevó revoloteando ruidosamente por el aire.

Se oyó una obscena interjección. Billings había comprendido que todo había sido un truco para obligarle a hablar.

Powell se puso furioso y le golpeó la boca con el revés de la mano.

—Cállate, bastardo...

—Billings, debiera haber adivinado que no había tal rata —dijo Miller irónicamente—. Una rata hambrienta habría empezado ya a roer su cárcel de madera.

Billings abrió la boca. El joven añadió:

—Pero dudo mucho de que usted pueda roer los barrotes de la celda que le servirá de alojamiento durante el resto de sus días.

—Sí, lo dudo mucho —convino Powell—. Terry, ¿qué piensas hacer ahora?

—Si no tienes inconveniente, me gustaría hacer otra visita a Dogherty.

—Desde luego. Me llamarás más tarde.

—Cuenta con ello. ¿Vas a soltar a Billings?

—Ni lo sueñes. En todo caso, reforzaremos sus ligaduras y nos marcharemos de aquí. Le dejaremos la pistola, claro; así se la encontrarán encima cuando venga la policía.

—Es una buena idea —aprobó el joven.

Palmeó los hombros de su amigo.

—Pronto podrás considerar que te has tomado el desquite de los sesenta mil «pavos» que te «birlaron» —se despidió.

—Ese día te llamaré y pescaremos juntos una buena borrachera —dijo el apostador jovialmente.

CAPÍTULO XI

Mientras rodaba en su coche hacia la casa de Dogherty, se preguntó qué interés podía haber tenido Grantland en el asesinato de un prestamista, aparte del cheque manipulado. El asunto no parecía concordar demasiado con sus pretensiones de financiero de altos vuelos. Más bien parecía obra de un jefe de banda, quien, por si fuera poco, recurría a métodos harto tradicionales para escarmentar a los que se oponían a sus pretensiones.

De pronto, se le ocurrió una idea.

Buscó con la vista una cabina telefónica. Al verla, desvió su ruta, buscó un lugar donde estacionar el automóvil y se apeó de inmediato.

Tal como había calculado, Powell acababa de llegar a su oficina.

—Bat, perdona, pero tengo que hacerte una pregunta —dijo el joven.

—Ya he avisado a la policía, si eso es lo que te interesa. Aunque, por supuesto, no he mencionado a Dogherty...

—No, no es eso. Bat, dime, ¿te habló Grantland en algún momento de invertir dinero en determinados valores de Bolsa o acciones de compañías de prestigio?

—Pues... sí, me lo sugirió en unas cuantas ocasiones, pero yo siempre me negué. Tengo mis ideas propias acerca de la forma de invertir mi dinero y, por el momento, nunca he tenido que quejarme de mis propios consejos. Pero ¿a qué viene eso, Terry?

Miller sonrió.

—Creo que ya sé por qué murió Dundee. Probablemente, le dijo lo mismo que a ti, pero Dundee, parece, era más duro, escarmentado ya por el asunto del cheque, y debió de insinuarle que podía emplear sus matones. Tú nunca dijiste nada parecido.

—Oh, no, en absoluto.

—Entonces, la cosa está clara. Como no quisiste aceptar sus consejos, te «castigó», robándote sesenta mil dólares, Dundee era de otra especie y ordenó liquidarlo.

—Entonces, tiene el Banco para robar a la gente.

—¿Ahora te das cuenta de ello? Bien, «profeta», voy a ver si converso un poco con Dogherty y le saco algo interesante. Por ejemplo, sus relaciones con Grantland y el dinero que recibió de éste por contratar a un mecánico de automóviles.

—¿Para qué, Terry? —se asombró el apostador.

—Grantland ha visto en perspectiva un negocio de muchos millones. Ya te lo explicaré en otro momento: ahora tengo prisa. Hasta la vista.

—Oye, sí, ven a verme; estoy muerto de curiosidad...

Miller colgó el teléfono. Las cosas empezaban a verse ya con mayor claridad, se dijo, satisfecho.

Un cuarto de hora más tarde, se detenía ante la casa de Dogherty. Saltó del coche, atravesó la acera y se dispuso a llamar a la puerta.

En el mismo instante, oyó un agudo chillido:

—¡No, por el amor de Dios, no dispare!

Sonó un estampido. Luego, Miller oyó el ruido de un cuerpo humano al caer contra una estantería, que derribó con gran estrépito de cacharros rotos. Casi en el acto, percibió ruido de pasos precipitados que se acercaban a la puerta.

Rápidamente, se echó a un lado. El asesino salió y tropezó con la pierna que Miller había dejado extendida.

Sonó un juramento. El asesino intentó revolverse, pero Miller le asestó un tremendo derechazo en el mentón y lo dejó sin conocimiento instantáneamente.

Luego entró en la casa. Ya no se podía hacer nada por el infiel pasante. En aquel lugar, lo que se necesitaba era la policía.

* * *

Moirá fue hacia la consola y preparó una copa.

—¿Whisky? ¿Jerez?

—Jerez, gracias.

Miller encendió un cigarrillo. Moira le entregó la copa segundos después.

—Traes noticias, supongo —dijo la muchacha.

—Así es. Ya sé que Mac Bannister murió asesinado, aunque no se pueda probar. De alguna manera, Grantland sobornó a Dogherty; incluso le atrajo a su bando lo suficiente para que contratase al mecánico que manipuló en la dirección del coche de Mac Bannister.

El joven tomó un par de sorbos de jerez. Moira le escuchaba con los ojos muy abiertos, sin respirar apenas.

—Y andando el tiempo, Dogherty convenció a lía Mary para que aceptase a Grantland como asesor financiero —continuó—. Lo cual significa que Grantland pronto podrá meter mano en la fortuna de mi tía, con la mayor facilidad del mundo y, prácticamente, sin responsabilidades.

—Es fantástico —calificó la muchacha—. Pero ¿cómo se le ha podido ocurrir una cosa semejante?

—Grantland es un tipo con bastante cultura, todo hay que decirlo, pero también carente de escrúpulos. Creó ese Banco para robar a la gente, sin necesidad de apuntarles con una pistola... aunque bien es cierto que otros han empleado las pistolas por él.

—Entonces, Dogherty a muerto...

—Para impedir que hablase. Como Creighton, el químico.

Moira entornó los ojos.

—Jim lo mencionó en alguna ocasión, pero muy de pasada, por eso yo no recordaba su nombre. ¿Cómo llegaría Grantland a saber que Creighton podía preparar una droga de tan perniciosos efectos?

—Quizá habló con Rogers. Abrigo la sensación de que Jim era un charlatán y se fue de la lengua. Tal vez le recomendó a Creighton, como el hombre que podía preparar una droga maravillosa... y luego pensó que debía suprimirlo, también para que no hablase.

—Ese hombre es una plaga —se horrorizó Moira—. Pero, a mí, ¿por qué quería matarme? ¿Por el atraco? No podía saberlo todavía, ni creo que lo sepa aún.

—Lo más probable es que supiese que Jim tenía una prometida y debió de calcular que tú sabías más de la cuenta. Por eso envió a Hugo Hammix. Y, como puedes apreciar, no ha vuelto a molestarte.

—Terry, dime... Todavía conservas el dinero del atraco. ¿Qué

piensas hacer con ese montón de billetes?

—Tal vez algunas entidades benéficas empiecen a recibir donativos anónimos —contestó Miller jovialmente—. Pero no te preocupes, no pienso quedármelo.

—Me defraudarías enormemente si lo hicieras.

—No te daré motivos de decepción.

Miller se acercó a la muchacha y puso las manos en su cintura.

—Estoy loco por ti —dijo.

Moira se ruborizó intensamente.

—No sé... A veces, me parece todo un sueño...

—Yo opino todo lo contrario...

El joven se inclinó, buscando los frescos y jugosos labios que tenía a su alcance. Cuando ya se iba a producir el contacto, sonaron unos secos golpes en la entrada del salón.

—Terry, te prohíbo terminantemente que hagas esas cosas con la servidumbre —dijo la anciana con acento colérico.

Sin soltar todavía a la muchacha, Miller se volvió y sonrió.

—Querida tía Mary, puedes estar segura de que no besaré a Jonathan. Ni al ama de llaves, ni a la cocinera, ni al jardinero...

—Demasiado sabes a quién me refería. —Mary avanzó, apoyándose en el bastón de ébano con empuñadura de marfil, y se sentó en una butaca—. Moira, sírveme un oporto.

—Al momento, señora —contestó la muchacha, roja como una guinda.

Mary clavó sus vivaces ojos en el joven.

—¿Puede saberse de qué estabais hablando, sobrino?

—No hablábamos, tía —contestó Miller desenfadadamente—. En esos momentos, no se puede hablar.

—Quiero decir antes, hombre. ¿O es que no puedo saberlo?

—Nada de importancia, tía, no te preocupes.

—Me preocupo, aunque no te lo creas. Sobrino, tú estás metido en algún lío gordo. ¿Por qué no confías en mí?

—Pero... si no me sucede nada. A Moira tampoco le ocurre nada de particular...

—Eres un hombre descastado, indigno de ser hijo de mi difunta hermana. Anda, coge la puerta y lárgate.

—Está bien, tía. Moira, volveré otro día.

—Terry, Jonathan tendrá órdenes de prohibirte el paso. Y le

daré una escopeta, por si intentas entrar a viva fuerza.

Miller volvió los ojos hacia la muchacha y le guiñó un ojo. Luego avanzó hacia la puerta y abrió una de las dos hojas. Se situó en cierta posición, agarró fuerte con ambas manos, tiró un poco hacia arriba y la hoja se desprendió de sus bisagras.

La anciana lanzó un chillido.

—¡Terry! ¿Qué haces, loco?

El joven se volvió ligeramente.

—Cumpló tus órdenes, tía. Has dicho que coja la puerta y me largue...

Moira se tapaba la boca con la mano, presa de un incontenible ataque de risa. Sin abandonar su expresión de seriedad, Miller atravesó el vestíbulo y llegó ante la puerta principal.

Jonathan acudió con su rapidez habitual.

—¿El señor se lleva la puerta en el coche o prefiere que se la enviemos a su casa?

Miller apoyó la hoja en la pared.

—Me la llevaré otro día, gracias, Jonathan.

—Como ordene el señor. ¿Me permite el señor una observación?

Miller estudió el rostro del mayordomo, tan impenetrable como de costumbre.

—Claro, Jonathan —accedió.

—Estoy deseando que llegue el día en que pueda llamar señora a la señorita Moira. No creo que el señor pudiera haber encontrado otra más apropiada para hacerla su esposa.

—Gracias, Jonathan, de todo corazón.

—A usted, señor —dijo el mayordomo, inclinándose ceremoniosamente.

Miller silbaba alegremente al entrar en su coche. Pero, de pronto, se puso serio. Aún había algunos problemas que resolver, nada fáciles y, posiblemente, con grandes riesgos.

Porque Grantland no se resignaría a ser derrotado sin reaccionar. Y cuando lo hiciera, su reacción sería terrible.

* * *

Al llegar a su casa, se encontró con una sorpresa.

Elsie Grantland se acercaba al mismo tiempo por el sendero,

hermosa, provocativa, con una sonrisa prometedora en sus rojos labios.

—No esperaba verte por aquí —declaró él sinceramente.

—Tengo unas horas libres —dijo Elsie—. Si no estás comprometido en algún trabajo urgente...

—Ninguno más agradable que el de estar a tu lado.

Miller abrió la puerta, dejó galantemente que ella pasara primero, y luego se dirigió a la estantería de los licores.

—¿Qué prefieres, dulzura?

—Algo fuerte. Tengo ganas de estallar, querido.

—Claro.

Elsie se despojó de la estola de piel que cubría sus hombros. Sobre la consola había un espejo. Miller advirtió que la parte superior del vestido de su inesperada visitante apenas si existía.

Preparó las bebidas. Recelaba de la presencia de Elsie en su casa.

Ella se había sentado en el diván, con fascinante despliegue de sus piernas. Miller se acercó con los vasos en la mano, le entregó uno y dejó el suyo en la mesita baja.

—Si me perdonas un momento... Volveré en seguida, Elsie.

—Estás en tu casa —sonrió ella.

Miller fue a su dormitorio y cerró la puerta. Pero no tanto que no quedase una delgada rendija, que le permitiera observar las acciones de la señora Grantland.

Elsie abrió rápidamente su bolso, sacó un frasquito y puso en el vaso del joven una grajea. Miller sonrió para sí.

—Has hecho exactamente lo que sospechaba —murmuró—. Pero tú misma has preparado la trampa para el bandido de tu esposo.

Se quitó la chaqueta y aflojó el nudo de la corbata, subiéndose las mangas de la camisa a continuación. Luego salió del dormitorio con aire intrascendente.

—Listo para ser tuyo todo el tiempo —anunció.

Elsie movió la mano.

—Ven querido; tómate un trago conmigo —dijo, incitante.

Miller se sentó, la abrazó apasionadamente y buscó sus labios. El beso duró largo rato. Al cabo casi de un minuto, ella se separó, completamente sin aliento.

—Uf, eres... terrible...

—Con una mujer tan hermosa como tú al lado, ¿quién no es

terrible? —Miller cogió su vaso—. Voy a beber a tu salud, encanto.

Ella levantó el suyo. Miller se dio cuenta de que no le perdía de vista un solo instante.

De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Cuidado, esa araña!

Elsie se levantó de un salto, chillando aprensivamente. Miller aprovechó la ocasión para derramar el contenido del vaso en una maceta que había a la izquierda del diván. Cuando Elsie se volvió, Miller retiraba el vaso vacío de sus labios.

—¿Dónde está la araña? —preguntó ella.

—Era muy pequeñita y escapó. —Miller chasqueó la lengua—. Estaba bueno el *whisky*. ¿Te preparo otra copa?

—No, gracias.

Elsie volvió a sentarse a su lado y empezó a acariciarle. Al cabo de un minuto. Miller se relajó y echó el cuerpo hacia atrás, quedándose con los ojos muy abiertos, fijos en la pared opuesta.

Ella pasó la mano por delante de sus pupilas. Miller no se movió.

—Terry —dijo Elsie.

—Sí —contestó con voz átona.

—¿Qué sabes del asesinato de Dogherty?

—Nada.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Le conocías desde hace tiempo.

—Sí. Era el pasante del asesor de mi tía. Ahora lo es Nathaniel Grantland. Pero mi tía se siente descontenta y le va a retirar todos los poderes que le ha otorgado hasta ahora.

Elsie lanzó un chillido y se puso en pie de un salto. Ya no quiso seguir haciendo más preguntas. Agarró la estola, que se puso de cualquier manera, recobró el bolso y salió disparada hacia la puerta.

Miller continuó en la misma posición, hasta que oyó el sonido del coche de Elsie, que arrancaba a toda velocidad. Entonces, satisfecho, se puso en pie y se sirvió un *whisky* auténtico, sin drogas narcóticas.

—Gracias, Nathaniel Grantland —dijo, como si el sujeto pudiera escucharle—. Estaba buscando la forma de tenderte una trampa y tú mismo me has proporcionado la ocasión.

Grantland se enteraría de lo ocurrido aquella misma noche. Hasta el día siguiente, calculó Miller, no empezaría a actuar para evitar lo que, seguramente, consideraba un desastre. Entonces, él, a su vez, contraatacaría, para conseguir derrotarle definitivamente.

Sintiéndose satisfecho, fue al teléfono y llamó a Moira, con la que estuvo hablando largo rato, pero de temas que sólo a los dos interesaban. Era una muchacha maravillosa, pensó más tarde, cuando se disponía a acostarse.

CAPÍTULO XII

A las nueve en punto de la mañana, estaba frente al Banco. Pasaron unos minutos y no había señales de Grantland. De pronto, notó cierto nerviosismo entre los empleados.

Uno de ellos salió a la calle y llamó a los ocupantes de un coche patrulla que pasaba por allí en aquellos momentos. Los policías entraron en el Banco. Miller empezó a sospechar que algo no iba como debiera.

Uno de los agentes salió a los pocos instantes y usó la radio para comunicarse con la jefatura. «Algo gordo ha pasado ahí», pensó el joven.

Se apeó del coche, cruzó la acera y simuló dirigirse al Banco, como si fuese un cliente cualquiera. El guardia estaba ya ante la puerta y puso la mano en señal de detención.

—Lo siento, señor: no se puede entrar —dijo.

—¿Qué pasa, agente? —preguntó Miller—. Voy a cobrar un cheque.

—Temo que tardará un poco, señor. La caja está completamente vacía.

—¡Demonios!

Dos sirenas policiales se oyeron en aquellos instantes, acercándose a toda velocidad. Miller se retiró un par de pasos. La interjección que había soltado no tenía nada de fingida.

Su frente se cubrió de sudor. Empezó a pensar que había sido demasiado confiado. Grantland había iniciado su acción sin pérdida de tiempo.

Era preciso evitar que la supuesta victoria se convirtiese en una catastrófica derrota. Sin mostrar prisas exteriormente, pero sintiéndose terriblemente nervioso, buscó una cabina telefónica. Era

preciso avisar a Moira para que previniese a su tía.

Marcó el número y esperó unos instantes. No tardó en oír la voz del mayordomo.

—Diga...

—Jonathan, soy el señor Miller...

—Lo siento, señor; se ha equivocado de número.

Sonó un «click». El joven contempló el teléfono completamente desconcertado. Sintióse a punto de llamar nuevamente, pero se contuvo. Jonathan no habría obrado de semejante forma, de no mediar poderosas razones para ello.

Más todavía, incluso creía que la rápida respuesta del mayordomo era una contraseña para decirle que algo no marchaba bien en casa de la señora Woods-Teale. Bien, iría a averiguarlo inmediatamente.

Colgó el teléfono y corrió hacia su coche. Ignoraba que en el momento en que Jonathan se disponía a contestar a su llamada, un revólver se había apoyado en su cuello.

El arma era empuñada por Grantland, quien mostró su satisfacción por la respuesta del mayordomo. A continuación, le enseñó una grajea, que sostenía con el índice y el pulgar de la mano izquierda.

—Tráguese esta píldora, Jonathan —ordenó perentoriamente.

El mayordomo asintió.

—Sí, señor.

* * *

Moira se esforzaba por mantener la calma. La irrupción de aquella pareja había sido tan repentina, que no había tenido tiempo de reaccionar. Elsie abrió su bolso momentos más tarde y le entregó una grajea.

—Tómela —ordenó.

La muchacha obedeció. Grantland y Elsie esperaron cosa de un minuto. Luego, el primero dio una orden:

—Suba inmediatamente al dormitorio de la señora, sírvale el desayuno y haga que se tome esta píldora con el té o la leche. ¡Pronto!

Moira ya no era un ser humano, sino una máquina que no podía

sino obedecer las órdenes que recibía. Con paso mecánico, se alejó hacia la cocina, mientras los dos cómplices aguardaban en el salón.

—¿Crees que saldrá bien? —preguntó Elsie, aprensiva.

—No puede fallar. En cuanto ella haya firmado los documentos, nosotros nos largaremos de aquí. Antes de que se den cuenta de lo que sucede, estaremos volando rumbo a México. Y de allí, a Suiza... ¡con dos millones en nuestra cuenta!

Los ojos de Elsie chispearon.

—Menos mal que le di la píldora a Miller. De otro modo, habríamos perdido la mejor ocasión de nuestra vida.

Moira pasó en aquel momento, portadora de la bandeja del desayuno.

—Muchacha, en cuanto la señora haya tomado la píldora, ordénele bajar al salón —dijo Grantland.

—Sí, señor.

Moira se alejó. Elsie se pellizcó el labio inferior.

—Esa cara... Me parece conocida, Nat.

—¿Seguro?

—Tengo una vaga idea de haberla visto antes... ¡Ya lo sé! ¡Nat, era la prometida de Rogers!

Grantland se sobresaltó.

—Elsie, no me des malas noticias...

—Te juro que es cierto. Los vi juntos hace unas cuantas semanas. Pero ahora, con el uniforme está cambiada. Sin embargo, no puedo equivocarme. Créeme, es ella.

—Y, ¿qué demonios puede hacer en esta casa?

—No lo sé, pero si era la prometida de Rogers, puede representar un riesgo para nosotros. Tendríamos que eliminarla, Nat.

—De acuerdo. Elsie, mientras yo me quedo con la vieja, haciéndole firmar los documentos, tú te la llevas al coche. Espérame allí; luego la dejaremos en cualquier parte.

—Viva, no, por supuesto.

—Claro que no, tonta. ¿Por quién me has tomado?

Diez minutos más tarde, Moira y la anciana descendieron del primer piso. Grantland y Elsie cambiaron una mirada de inteligencia. El hombre salió al encuentro de Mary.

—Por aquí, señora —invitó amablemente.

Mary se dejó llevar sin oponer la menor resistencia. Elsie hizo un gesto con la mano.

—Moira, venga conmigo.

—Sí, señora.

Las dos mujeres salieron de la casa. Jonathan, en el vestíbulo, permanecía sentado en una silla, con las manos sobre las rodillas, en actitud completamente estática, ajeno en absoluto a cuanto sucedía a su alrededor.

Elsie y Moira iniciaron el cruce del jardín. De pronto, Elsie sintió que le tocaban en el hombro y se volvió.

—Hola —sonrió Miller.

Y disparó su puño. Fue un golpe no demasiado fuerte, pero seco y contundente. Elsie puso los ojos en blanco y se desplomó fulminada.

Moira no hizo el menor movimiento. Miller la contempló unos instantes y supo en el acto lo que le sucedía. Inmediatamente, sacó unas monedas del bolsillo y las puso en la mano de la muchacha.

—Moira, busca una cabina telefónica y avisa a la policía —ordenó.

—Sí, Terry.

Tranquilo al respecto, Miller giró sobre sus talones y echó a correr hacia la casa. Al franquear la puerta, vio a Jonathan y adivinó también los motivos de su estado.

Luego, cautelosamente, sin hacer el menor ruido, se acercó al salón. Entreabrió la puerta y vio a su tía sentada ante una mesa, sobre la que había un montón de documentos. La anciana tenía una pluma en la mano. Grantland le indicaba los sitios en que debía estampar su firma.

—Será mejor que no se moleste en continuar, Nathaniel —dijo el joven repentinamente—. Esos documentos no van a salir de esta casa; al contrario, voy a destruirlos inmediatamente.

Grantland se volvió, lanzando un rugido de ira. Miller dio unos cuantos pasos y, tras echar un vistazo a su tía, que permanecía inmóvil, ajena por completo a lo que sucedía en la estancia, se encaró de nuevo con el sujeto.

—Lo sé todo —continuó—. Todo, empezando por el asesinato de Mac Bannister, cosa que debía hacer si quería que mi tía le nombrase su asesor financiero. El hombre que «arregló» el coche de

Mac Bannister está tieso, y también el que mató a Dogherty. Ambos hablarán, para congraciarse con el fiscal...

—Ninguno de los dos sabe que actuaron, por mi cuenta — contestó Grantland.

—Una vez que esté detenido, las cosas saldrán a relucir y se encontrarán las pruebas precisas, empezando por las drogas que les preparaba Creighton, al que también ordenó asesinar. También saldrán a relucir sus innumerables trampas en el Banco, el asesinato de Rogers, el de Dundee... Grantland, ¿de veras llegó a creer que yo podía admitir el error en los planos de sus tierras?

—Fue una lástima que no se acercase media docena de metros más —dijo el sujeto entre dientes.

—Debió haber ocultado mejor la antena del mecanismo de explosión. La vi y ello me hizo sospechar de que se trataba de una trampa, aparte de que, ¿quién podía ser tan idiota como para construir una residencia de recreo en aquel erial? Grantland, está acabado, porque alguno de sus empleados ha tenido que ayudarle a la fuerza y ese empleado, sea quien sea, también hablará, sobre todo, sabiendo que usted le ha dejado en la estacada, vaciando la caja del Banco. ¡Su carrera de crímenes ha terminado! —Finalizó el joven rotundamente.

—¡Y tu vida también, maldito! —chilló súbitamente Elsie, en la puerta del salón.

El instinto hizo que Miller saltara en el acto a un lado. Estaba completamente de espaldas a la puerta, justo frente a Grantland, y al moverse, el cuerpo del sujeto quedó completamente al descubierto. Y en aquel instante, sonó el disparo.

Miller sintió en la manga derecha de su chaqueta el leve tirón de la bala que había pasado rozándole el brazo, por encima del codo. Grantland se estremeció bruscamente.

—Elsie, ¿qué has hecho? —gimió.

Ella se quedó estupefacta, todavía con la diminuta pistola en la mano. En el pecho de Grantland había aparecido una diminuta mancha roja, de forma circular.

Miller reaccionó. Agarró un vaso de alabastro que había encima de una peana y lo arrojó con todas sus fuerzas. El vaso golpeó la mano de Elsie y la pistola saltó por los aires. Ella se tambaleó, chillando agudamente.

Grantland se desplomaba lentamente, con los ojos muy abiertos y ya vidriados por la inminencia de la muerte. Permaneció de rodillas unos instantes y luego se venció de bruces al suelo.

Elsie, aturdida, anonadada, se sentía incapaz de reaccionar. En el mismo instante, se oyó el aullido de una sirena policial.

* * *

Los policías se marchaban ya. El cadáver de Grantland había sido retirado por los sanitarios del forense, quien se ocupaba de volver a la normalidad a las dos mujeres y al mayordomo. Elsie había salido, esposada, acompañada por un agente.

Un sargento terminaba de tomar notas. Entró un policía de uniforme.

—¡Cristo, sargento! —exclamó—. Tiene que ver el maletero del coche de Grantland. ¡Parece la cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones! ¡Está lleno a rebosar de billetes de Banco!

Miller sonrió.

—Es que ese Banco era una cueva de ladrones —dijo.

El sargento asintió.

—Parece que Grantland lo fundó, para conseguir que el hampa de la ciudad operase en él. Ya hacía algún tiempo de que sospechábamos de sus actividades, pero era demasiado listo y jamás podíamos encontrar pruebas de sus delitos. No obstante, pienso que una auditoría contable a fondo, sacará a relucir muchas de sus trampas.

«Incluyendo un supuesto atraco de noventa mil dólares, cuando sólo perdió menos de treinta mil», pensó el joven. Pero no podía delatar a Moira.

—Ah, y en el antedespacho, busquen el mecanismo lanzador de gas narcótico. Al menos, lo usó una vez con Bat Powell, aunque puede que no haya sido el único.

—Lo haremos —prometió el policía.

Moira, la anciana y Jonathan no se habían enterado de nada. Su asombro fue enorme al conocer los sucesos que se habían desarrollado mientras se hallaban en estado de hipnosis.

—De modo que yo estaba firmando un montón de papeles... —dijo Mary, atónita.

—Autorizando la transferencia de dos millones de dólares a la cuenta que Grantland tenía en Suiza —puntualizó Miller—. Un bonito golpe, ¿verdad?

La anciana hizo un movimiento de cabeza.

—Sobrino, me has librado de una grave pérdida —dijo—. ¿Qué deseas como recompensa?

—Nada, tía.

—Eres un estúpido. Vas a casarte con esta chica tan encantadora y yo quiero hacerte un buen regalo, para que empecéis una nueva vida sin problemas.

—Tengo trabajo y obtengo buenos ingresos. No necesito tu dinero.

—Siempre tan terco, como tu padre... y también como tu madre. ¿Y si yo le doy a ella un cheque de medio millón?

—No lo aceptaría. Y si lo aceptase, no me casaría con ella.

—Señora, prefiero a Terry —sonrió Moira.

La anciana soltó un bufido.

—Jóvenes tontos, absurdos idealistas... —Se apoyó en el bastón para levantarse y movió la mano—. Sígueme, Moira; todavía eres mi doncella.

—Sí, señora.

La muchacha se volvió hacia Miller. El sonrió.

—Acompáñala, pero no tardes. Ah, y cuando vuelvas, usa ya las ropas corrientes. Cuelga ese uniforme, que no vas a llevar más.

—Está bien, Terry.

Mary y la muchacha subieron al primer piso. En su dormitorio, la anciana abrió una arqueta y sacó algo que puso en las manos de Moira.

—Ese condenado orgulloso no quiere aceptar mi dinero y, aunque parezca lo contrario, yo me siento muy satisfecha de que actúe de esa forma —dijo con su contundencia habitual—. Pero tú no puedes rechazar esta joya, que llevarás puesta el día de tu boda.

Moira se quedó estupefacta al contemplar aquel valioso aderezo, de brillantes, rubíes y esmeraldas.

—Lo llevó mi madre, el día de su boda, lo llevé yo y lo llevarás tú —añadió la anciana. Miró afectuosamente a la muchacha y sonrió—. Sólo deseo que una nieta tuya pueda lucirlo también cuando se case.

—Señora, yo... —Moira se sentía extraordinariamente conmovida—. No sé qué decirle...

Mary la empujó hacia la puerta.

—Vamos, anda, no le hagas esperar. Nunca hagas esperar al hombre a quien amas —aconsejó.

Moira inició la media vuelta, pero, de pronto, se volvió y estampó un beso en la arrugada mejilla de la anciana.

—Dios la bendiga, señora —murmuró.

—Tía, tienes que llamarme tía Mary —ordenó la señora Woods-Teale.

—Sí, tía Mary.

Moira echó a correr, apretando la joya contra su pecho. Terry esperaba en el salón. Pronto se reuniría con él... ¡para siempre!

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.